

UN HITO EN LA HISTORIOGRAFÍA PORTUGUESA. EL PORTUGAL CONTEMPORÁNEO SEGÚN RUI RAMOS

LUIS ARRANZ NOTARIO
Universidad Complutense de Madrid
luisarranz@cps.ucm.es

1. POLÍTICA Y NUEVA HISTORIA POLÍTICA.—2. NUEVA HISTORIA E HISTORIA NARRATIVA. LOS CRITERIOS METODOLÓGICOS DE RUI RAMOS.—3. LIBERALISMO Y DEMOCRACIA EN EL PORTUGAL CONTEMPORÁNEO. 3.1. *La variante peninsular de Monarquía constitucional*. 3.2. *Factores de crisis de la Monarquía constitucional portuguesa*. 3.3. *La dictadura de João Franco o una Monarquía de antimonárquicos*.—4. DEL REGENERACIONISMO AL SECTARISMO. LA PRIMERA REPÚBLICA PORTUGUESA. 4.1. «*El país es para todos, pero el estado es para los republicanos*». 4.2. *División y ruptura de la élite republicana*. 4.3. *Integralistas y Seara Nova*.—5. LA DEMOCRACIA DERROTA A LA REVOLUCIÓN.—6. BIBLIOGRAFÍA CITADA.

RESUMEN

Este trabajo presenta y valora la obra del historiador portugués Rui Ramos, que el autor considera una aportación mayor en la historiografía europea. Primero evalúa las apuestas metodológicas de Rui Ramos y su reivindicación de la historia política y la narrativa, situándola en el contexto de los debates de la nueva historia. Después sigue pormenorizadamente las claves interpretativas que el autor portugués ha propuesto para comprender la historia del Portugal contemporáneo, contrastándolas con elementos de la historia española. Al igual que la obra del autor reseñado, esta reinterpretación se centra sobre todo en la crisis de la monarquía constitucional (1890-1910) y la vida política de la primera República (1910-1926), prestando especial atención a los problemas de conciliar el liberalismo y la democracia. Finalmente, se resalta la coherencia que la perspectiva analítica de Rui Ramos permite a la hora de analizar el Portugal político de la transición a la democracia.

Palabras clave: Portugal, historiografía, nueva historia política.

PORTUGUESE HISTORIOGRAPHIC RENEWAL
IN THE WORK OF RUI RAMOS

ABSTRACT

This article presents and assesses the work of the Portuguese historian, Rui Ramos, considering it to be a major contribution to European historiography. This article evaluates this author's methodological approaches and his revindication of narrative and political history, situating it in the context of the debates within new history. It then goes into further depth about the keys to interpretation that Rui Ramos proposed to understand the contemporary history of Portugal, comparing them with elements of Spanish history. Like the work of the author in question, this re-interpretation is above all focussed on the crisis of the constitutional monarchy (1890-1910) and the political life of the first republic (1910-1926), paying special attention to the problems of reconciling liberalism and democracy. Finally, it underlines the coherence that Rui Ramos' analytical perspective provides when analysing politics in Portugal during its transition to democracy.

Key words: Portugal, historiography, new political history.

1. POLÍTICA Y NUEVA HISTORIA POLÍTICA

Pour une histoire politique. Así se titulaba el libro que hace veinte años publicaba un grupo destacado de historiadores franceses de la política, en sus muy diversas manifestaciones. Los encabezaba uno de los máximos impulsores del renacimiento de la especialidad, René Rémond. Un renacimiento basado en una profunda renovación, pero también en una clara continuidad (1) con la narración y el análisis histórico de los acontecimientos y los personajes de la política. Con esta perspectiva resulta posible hacer balance de una disciplina muy denostada durante las dos décadas anteriores, sobre todo en los países latinos. En ellos, comenzando por Francia, su patria, la historia política había quedado a la intemperie, aterida bajo el viento helado e iconoclasta de los *Annales* abocada, al parecer, al triste destino de una lenta agonía e inevitable desaparición.

Por lo que se refiere a los *Annales* resultó siempre llamativo que la promoción infatigable de la que hacía gala, para imbricar, interconectar, cruzar y demás interrelaciones posibles entre la historia y las denominadas *ciencias sociales*, jamás incluyera la Ciencia Política, ni la Filosofía Política ni la Teoría del Estado. También resultó paradójico que el contenido y el enfoque dominantes en los *Annales* de lo *económico* y *social* terminara por darse de bruces con la

(1) RÉMOND (1998). En el libro, figuran entre otros, el propio Rémond, Michel Winock, Jean Pierre Azéma, Pierre Milza, Jean Jacques Bécker, Serge Bernstein, Jean Pierre Rioux...

Teoría Económica y sus métodos, tal y como puso de manifiesto –hace también un cuarto de siglo– la llamada Nueva Historia Económica y sus espectaculares *contrafactuales*, algunos muy iluminadores. El caso es que, en la mejor tradición de las ironías de la historia, hemos visto a la escuela de René Rémond aplicando refinadas técnicas cuantitativas a los fenómenos de la política en el tiempo y en el espacio. Hemos visto cómo establecían las tendencias de la *longue durée*, por ejemplo, en la evolución del sufragio, al tiempo que encontrábamos a destacados *annalistas* dedicados a escribir biografías o haciendo análisis histórico de la cultura y de las ideas políticas, aunque fuera en los términos vaporosos de las mentalidades.

Este renacimiento, hace varios decenios ya, de la historia política no ha sido fruto exclusivamente de la esforzada labor del recién desaparecido y gran trabajador Rémond y su escuela. Una escuela agrupada, en parte notable, en Sciences Politiques de Paris, y que comparte con el maestro una gran productividad. Tampoco es consecuencia exclusiva de su logrado empeño de renovación temática y metodológica, que sirvió para mostrar de nuevo el carácter central de la historia política en la explicación histórica. Otros factores determinantes, en mi opinión, han sido dos, al menos. El primero atañe a la influencia alcanzada por historiadores con fuerte significación cultural y política. Es el caso Annie Kriegel, François Furet o, en menor medida, Maurice Agulhon y, más recientemente, Pierre Rosanvallon, próximo al núcleo de investigadores en torno a Furet (los Ozouf, Gueniffey, Ran Halévy...). En la igualmente caudalosa producción de este último destaca el análisis de la implantación del liberalismo en Francia y las características del desarrollo democrático posterior. Todo él marcado por la plena imbricación de la historia de las ideas y el análisis del proceso político. Si la obra de Furet, sobre todo, *La Révolution, 1770-1880* (2) llamó poderosamente la atención en este sentido, recordemos aquí que el objetivo de Rosanvallon consiste en «comprender la formación y la evolución de las racionalidades políticas, es decir, de los sistemas de representación que regulan la manera con la que una época, un país o unos grupos sociales dirigen su acción o enfocan su futuro» (3).

La anterior definición permite mencionar el otro factor, tal vez más de fondo, de este renacimiento de la Historia política. Y es el de la imposibilidad de abordar la comprensión y explicación (con la complejidad que estas dos palabras encierran como conceptos hermenéuticos en la historiografía) de la historia contemporánea, la de los siglos XIX y XX, la del estado constitucional y el totalitarismo, junto con dos guerras mundiales, al margen de la poliédrica esfera de la política y de las ideologías y doctrinas políticas. De ahí la querencia y el cuidadoso repliegue de los *Annales* sobre la Edad Media y Moderna, pero sin nada que decirnos más allá de 1789, ni tampoco, por cierto, sobre la libertad de los antiguos. Y es que, como señala otra vez Rosanvallon, «lo político no es (...)

(2) FURET (1988).

(3) PIERRE ROSANVALLON, «Le politique», cit. en DOSSE (2007): 244.

una «instancia» o un «ámbito» entre otros de la realidad: es el lugar en el que se articulan lo social y su representación, la matriz simbólica en la que la experiencia colectiva se enraíza y se refleja a la vez» (4).

La situación de la historia política se muestra en Italia muy próxima a la francesa. Existe en la Universidad de Bolonia un núcleo académico en torno a la figura de quien constituye ya un clásico en la historiografía de los partidos y los sistemas de partidos, como una de las claves explicativas de los procesos políticos contemporáneos en los sistemas representativos (y habría que añadir, del partido único en los totalitarios). Me refiero a Paolo Pombeni, y la revista *Ricerche di Storia Politica*. En torno a estos dos polos de agregación y desde otros núcleos académicos aparecieron trabajos de extraordinario interés y sutileza de otros autores, como Roberto Vivarelli sobre la crisis del Estado liberal italiano; destacadamente los de Gaetano Quagliariello, que abarcan un ángulo muy amplio de temas clave en la historia política contemporánea, dentro y fuera de Italia, desde 1890 a 1968. Siguen los más recientes de Fulvio Camarano, Giovanni Sabbatucci, también sobre los problemas de la relación política entre el liberalismo y la democracia, que en el caso de Camarano no se limitan a Italia, pues incluyen el Reino Unido.

En el replanteamiento y fortalecimiento de la historia política en Italia ha resultado fundamental, igualmente, el impacto de un historiador como Renzo De Felice, con pasado político en el PCI (al igual que los Furet, Kriegel o Aghulon en el PCF), que convirtió su biografía de Mussolini en una masiva reflexión sobre la naturaleza del fascismo italiano y, más allá, sobre las encrucijadas y la naturaleza de la sociedad italiana de entreguerras. La obra monumental de Renzo De Felice impugnó el paradigma explicativo acuñado por el antifascismo y, no sin pagar un alto precio personal, contribuyó en gran medida a situar en un plano de reflexión autocrítica el análisis de las claves de la Italia contemporánea (5). Una reflexión que ha continuado de un modo más coherente y sistemático Emilio Gentile, quien junto a excelentes estudios de la política y los partidos de la Italia liberal, del fascismo y su conceptualización y de los contenidos y organizaciones del antifascismo, nos ha proporcionado también el balance más lúcido y equilibrado de la personalidad académica y de la obra de De Felice (6).

En España, la política ha marcado en forma determinante los límites de la crítica histórica. No ha sido así en el terreno de la historia económica. Aquí, la denominada «nueva», esto es, la basada en conceptos y técnicas económicas rigurosas, ha conseguido desmontar tópicos alimentados de muchas décadas por las concepciones derivadas del regeneracionismo, proclive al nacionalismo económico autárquico, y también por la necesidad de fundamentar «científicamente» la estrategia frentepopulista del PCE y sus alianzas con fuerzas políticas

(4) DOSSE (2007): 245.

(5) PAVONE (1991).

(6) GENTILE (2003).

«burguesas». Dicha necesidad acabó proporcionando carta de naturaleza a entes fantásticos, como el de la naturaleza «semifuedal» de la economía española a la altura de los años treinta, fruto «del fracaso de la revolución burguesa». De todo esto existe también una versión más próxima a los tópicos del nacionalismo catalán, que da por fracasado el «proceso de industrialización» español. Este fracaso confluye con el anterior de la *revolución burguesa* y ambos sirven de fundamento objetivo para la desafección nacionalista catalana hacia el siempre opresor *Estado español*, que, pese a lo anterior, se remonta, al menos, a 1640.

El caso es que los pseudo problemas expulsados del territorio de la historia económica gozan de mucha mejor salud en el de la historia política. Entre otras razones, porque los historiadores económicos se cuidaron prudentemente de trasladar sus planteamientos y conclusiones a ese terreno. Estaba claro que la racionalidad de aquéllos se decantaba por la libertad económica y la superior capacidad del mercado para determinar el avance de la economía española. Un desarrollo cuyos problemas y niveles alcanzados se encuadraban siempre dentro de un análisis comparativo con otras economías europeas. Pero el corolario político de ese enfoque era sólo indirecto. El caso es que si los años ochenta se caracterizaron por una creciente crítica a los esquemas marxistas de interpretación de la historia contemporánea española –cuya hegemonía venía apenas de consagrarse en la década anterior– en los años noventa se impuso una progresiva reacción, que se consolidó con la victoria electoral de la derecha política en las elecciones de 1996. Durante todo este tiempo, el cambio del paradigma metodológico ha sido notable, pues se ha pasado del culto a la causalidad objetiva y «materialista», propia del marxismo y del estructuralismo *económico-social*, a un subjetivismo radical, poblado de *relatos e identidades* donde reina la *invención*.

Aun así, este cambio radical de perspectiva no ha impedido que las claves interpretativas y los tabúes frente a la crítica sigan siendo en gran medida los mismos. La organización y el funcionamiento político del liberalismo, por ejemplo, continúan marcados por las consideraciones negativas de elitismo, oligarquía y falsedad, con las que le fulminara la crítica regeneracionista de comienzos del siglo XX. En el terreno de las formas políticas, la República sigue siendo superior, por principio, a la Monarquía constitucional. La antigua y supuesta inexistencia o fracaso de la «revolución burguesa», se ha reconstruido en una versión ampliada, gracias al aluvión de historia *identitaria*. Ahora se apela al carácter fallido de la *construcción nacional* española, precisamente por ese carácter oligárquico y tendencialmente reaccionario, o al menos autoritario, del liberalismo español. De paso, tiende a desdibujarse hasta desaparecer el papel de la Corona como factor de agregación y organización territorial y política, pero también cultural. Sin su acción a lo largo de los siglos, resulta incomprensible la definición y movilización política contemporáneas de la nación española, iniciada en 1808 (7).

(7) Un buen recordatorio de la importancia de la Monarquía en los procesos de cambio político en la Europa moderna, en BLOM, LAURSEN Y SOMONUTTI (2007).

En todo lo referido a la etapa liberal, el de modernización se ha convertido en el concepto sustituto del ahora añejo e incómodo de *revolución*. En ningún caso, el liberalismo es sinónimo de modernización sin más. De ahí que su análisis se despliegue con un sistema de geometría variable. El enfoque positivo de la modernización económica y social, es decir, del desarrollo del capitalismo, deja de serlo cuando toca examinar los argumentos anticapitalistas del regeneracionismo y del colectivismo obrerista entre 1898 y 1936. La consideración positiva del liberalismo reaparece al analizar corrientes intelectuales como el krausismo y el institucionalismo, así como las generaciones intelectuales de 1898 y de 1914. Pero sólo porque se trata de un liberalismo de rasgos imprecisos, más un *talante* que una doctrina o un sistema de gobierno y, en todo caso, una pedagogía. Su admisibilidad obedece, en lo esencial, a que fue hostil al liberalismo que podríamos llamar *institucional* de la Restauración, que fue el único liberalismo existente. Una crítica de significación profundamente ambigua, cuando no hostil al doble proceso de modernización económica y social y de democratización política sobre bases liberales.

El análisis histórico de la política contemporánea española tampoco se muestra muy propicio a evaluar de un modo crítico las repercusiones negativas de las políticas revolucionarias a lo largo del siglo XIX y primer tercio del XX. Por más que se trata de un problema de envergadura similar al de la resistencia contrarrevolucionaria. En este campo han tenido lugar desplazamientos a lo sumo curiosos. Se mantiene constante que el «protagonismo de las masas» resulta casi siempre inducido por la cerrazón o la provocación de las «clases explotadoras». Es decir, que no es tal protagonismo. No obstante, el interés genuino y la justificación abierta de unos u otros de los diversos planteamientos del obrerismo revolucionario (anarquista, socialista y comunista) ha desaparecido. En las décadas de 1960 y 1970, los historiadores, al menos los más gramscianamente *orgánicos*, tendían a asumir la tenaz e implacable polémica que los enfrentaba, como si de ello dependiera el futuro. Cuando, a lo largo de los años ochenta, la cruda realidad del GULAG arruinó el crédito moral e intelectual del socialismo real, pero incluso del propio marxismo, la que había sido *praxis* revolucionaria de los años treinta devino simple *discurso*; una suerte de exageración retórica para estimular avances democráticos y reformistas, dentro de un proceso general de *modernización*, al que las clases dominantes se negaban, *comme il faut*, de manera cerril y represiva.

Por su parte, el público de la historiografía conservadora agradece que se le justifique la opción autoritaria, que se fuera imponiendo en las derechas españolas a partir de 1923, y triunfó contundentemente en 1939. A sus ojos, lo que triunfó fue una versión posible del proyecto regeneracionista. Esta hizo posible, sobre todo mediante la racionalización tecnocrática de las décadas de 1950 y 1960, el surgimiento de las condiciones económicas, sociales y culturales que facilitaron, a la muerte del dictador, la implantación de la democracia. La actual Monarquía parlamentaria se presenta así como si hubiera sido el proyecto pro-

pio y consciente de esa *derecha autoritaria racionalizada*. Lo cual no es menos falso que atribuirlo a los ardores combativos de la oposición antifranquista. En realidad, la valoración política de amplios sectores conservadores hacia la Monarquía y hacia la dinastía no es superior a la que sus ancestros regeneracionistas de derecha e izquierda prodigaron sobre la anterior Monarquía constitucional. Desde la óptica conservadora representa la mayor injusticia histórica que la impronta fascista, triunfante en el bando insurgente durante la Guerra Civil y los primeros años de la Dictadura, resulte inexpiable. Pero la alianza paralela con el estalinismo y la honda huella que dejó sobre la parte más activa del antifranquismo, a lo largo de al menos treinta años de terminada la contienda, sigue inextricablemente mezclada con la *defensa de la democracia*. A izquierda y derecha, el pasado liberal de España es un pasado políticamente muerto, que no despierta la menor nostalgia ni es motivo de ninguna clase de inspiración relacionada con el presente (8).

2. NUEVA HISTORIA E HISTORIA NARRATIVA. LOS CRITERIOS METODOLÓGICOS DE RUI RAMOS

Más esperanzador resulta el panorama de la antigua y nueva historia política en el país vecino. Al menos por lo que hace a la obra del historiador objeto de este comentario. Es conocida la proclividad de españoles y portugueses a vivir de espaldas unos a otros, seguramente porque la mayoría de nosotros encontramos tan grandes nuestras similitudes, que tendemos a creer difícil o imposible aprender del vecino algo novedoso e interesante. Y es cierta esa gran similitud, pero no lo es menos que el esfuerzo de aproximación, cuando se produce, compensa por la claridad que los matices y diferencias de dos historias tan próximas proyectan la una sobre la otra. Esto resulta tanto más cierto cuando se trata de examinar una obra historiográfica como la de Rui Ramos, que, en mi opinión, viene a ocupar por derecho propio un puesto de primer plano entre la mejor producción de la nueva historia política europea. Es más, me sería difícil señalar otro historiador que haya abordado con similar vigor y lucidez los problemas de la relación entre el liberalismo y la democracia, vinculándolos como factor determinante a la producción de las ideas y su influencia en el proceso político en unas circunstancias dadas; en su caso, el Portugal contemporáneo (9).

Rui Ramos presenta tres facetas muy destacadas como historiador. Para empezar cree en la narrativa, pero, sobre todo, cree en el acontecimiento. Si,

(8) Sobre ciertos aspectos del clima historiográfico en España, ARRANZ NOTARIO (2005).

(9) En España se han publicado al menos dos textos de Rui Ramos, dedicados a aspectos centrales de su interpretación de la historia contemporánea portuguesa: la crisis del liberalismo monárquico (RAMOS, 2002 y 2008). Aprovecho esta nota para agradecer a Diego Palacios Cerezales su orientación y buenos consejos como especialista en el Portugal contemporáneo.

como escribe Finkielkraut en referencia al poeta Charles Péguy, «ninguna disposición narrativa de la historia puede impedir que haya acontecimientos» (10), Rui Ramos presta a estos y a los individuos que están involucrados en ellos la máxima atención. Así lo demuestra su relato de la crisis de la Monarquía constitucional portuguesa durante los dos últimos reinados de Carlos I y Manuel II y la historia de la Primera República, de 1910 a 1926 (11). Estos rasgos son todavía más acentuados, como es lógico, en su reciente biografía de Carlos I de Braganza (12), el penúltimo rey de Portugal, de cuyo asesinato en las calles de Lisboa se ha cumplido un siglo este año.

En cuanto a la defensa de la historia narrativa, Rui Ramos la llevó a cabo hace tiempo, inspirado por la crítica a la «Nueva Historia» de Gertrud Himmelfarb, es decir, a la historia construida desde las ciencias sociales (13). Una construcción hecha al margen y en contra de la narración de acontecimientos, especialmente políticos. No se trata de que un conjunto de conceptos, una hipótesis o un argumento extraído de las ciencias sociales permita comprender mejor los motivos y la acción de unos sujetos históricos dados. No. Lo que rechaza Rui Ramos, de la mano de Himmelfarb, es la suplantación de estos sujetos y sus características propias, así como de las fuentes que nos permiten acceder a ellos, por una «problemática» extraída de las ciencias sociales. Una «problemática» que substituye los sujetos, las situaciones, las conciencias y las fuentes por la explicitación y el «desenmascaramiento» de la «falsa conciencia». Esta «falsa conciencia» viene generada siempre por la condición social, racial o sexual de todo sujeto histórico. Es decir, la subjetividad es siempre algo construido y atribuido por la «estructura» social o el «discurso» dominante al pobre sujeto de que se trate. «Para el Nuevo Historiador, no existen, en los documentos, en los hechos, nada de interesante o de verdadero. Todo aquello que él tiene que decir, lo dice a partir de otros saberes» (14).

Los presupuestos de este desdén se localizan en la negación de la libertad del individuo, el modo arbitrario en que se supone se forjan los valores y el relativismo que subyace a la interrelación entre individuos, valores y situaciones. Para la Nueva Historia, la acción que el individuo presume consciente es una pura ilusión y lo ocurrido y la interpretación de lo ocurrido pueden ser múltiples. Frente a este subjetivismo arbitrario, Rui Ramos rechaza el positivismo y reivindica el significado de la Historia política (tal como la entiende Himmelfarb): «La Historia Política no lo es tanto por su contenido, como por su actitud:

(10) FINKIELKRAUT (2006): 78.

(11) RAMOS (2001). Resulta engañosa la palabra «coordenação» que se atribuye a Rui Ramos en este volumen, pues es el único autor de las apretadas páginas de este tomo de la *História de Portugal* dirigida por José Mattoso.

(12) RAMOS (2006).

(13) HIMMELFARB (1987).

(14) RAMOS (1991): 31. La traducción de este y posteriores textos del portugués es mía. (LAN).

aceptar lo real tal y como fue percibido» (15). Glosa luego la propuesta de Leo Strauss de sustituir el relativismo en punto a valores, que fundamenta e inspira el carácter científico de las ciencias sociales, por «un punto de vista cívico», extraído de la racionalidad propia de la filosofía política clásica. La Historia política representaría este enfoque clásico frente a la Nueva historia, pues ella, lejos de introducirse en la camisa de fuerza de las ciencias sociales, «acepta una relación directa con sus materiales, asumiendo los hechos y las opiniones, los problemas que los propios materiales plantean de forma expresa. Ésta es una señal de sabiduría. Y es en este sentido en el que la Historia es Política» (16).

La definición anterior no significa el rechazo de la utilización por el historiador de las ciencias sociales. Al contrario, éstas, al igual que aquéllas acuñadas por la tradición y el oficio de historiador, las llamadas *ciencias auxiliares* de la historia (la paleontología, la numismática, las técnicas arqueológicas, pero cada vez más la química o la biología) forman parte del bagaje del historiador, pero no para «deconstruir» la historia, sino para comprenderla. Que esa comprensión no pueda limitarse a la reconstrucción fidedigna de los hechos y sus cambios en el tiempo, sino que necesite reconstruir asimismo su intelección y la comprensión de los fines que se proponían los sujetos involucrados en la generación de esos hechos; es decir, que la historia narrativa y política no sea la historia positivista ni pueda limitarse a esperar que *los hechos hablen por sí mismos*, es lo que explica –en mi opinión– que Rui Ramos figure por derecho entre los mejores historiadores europeos de lo que llamamos Nueva historia política. Es así porque la segunda faceta de su labor historiográfica muestra un neto perfil conceptual, centrado en la interpretación histórica. Esto es, Rui Ramos, tanto como un narrador exhaustivo pendiente siempre del *individualismo metodológico*, practica también, con notable vigor y elocuencia persuasiva, una historia conceptual o, si se quiere, *teórica* (17). La declaración metodológica del autor sobre el modo como ha enfocado su biografía de Carlos I de Braganza resulta inequívoca: «Comprender a D. Carlos –escribe– no dependerá de la acumula-

(15) RAMOS (1991): 39.

(16) RAMOS (1991): 41. Sobre la utilización de Leo Strauss para profundizar el alcance de la crítica de Himmelfarb a la Nueva Historia y definir su propia posición historiográfica, cabe señalar en todo caso, el agudo contraste entre el estilo directo y claro de Rui Ramos y el deliberadamente elusivo y a menudo retorcido que caracteriza a aquél.

(17) Debo aquí mencionar la matización del propio autor sobre el modo en que se ha desenvuelto en ambos aspectos: «La atención que presto a los individuos no obedece tanto a una cuestión de individualismo metodológico o la fascinación con las personalidades, sino que surge como medio para combatir las simplificaciones al que un alto nivel de abstracción arrastra inevitablemente a los historiadores. (...) Me he esforzado más por mantener los *nuances* [matices] que por agruparlo todo en «categorías», RAMOS (2001): 16. Precisamente, una de las impresiones más intensas de la lectura de este libro y del dedicado a D. Carlos I de Braganza (RAMOS, 2006) es la familiaridad que, gracias tal vez al tamaño de Portugal, ha conseguido Rui Ramos con la inmensa pléyade de personajes que aparecen en su historia. De este modo, es difícil, si no imposible, encontrar un qué, un cómo, un cuándo y un por qué sin un quién.

ción de detalles biográficos. Es esencial una teoría que permita comprender al personaje y su modo de operar políticamente» (18).

Es decir, el proceso histórico es reconstruido para ser interrogado e interpretado conforme a un conjunto de conceptos que ofrecen de los hechos, de la interrelación de los sujetos con los acontecimientos, que estos sujetos producen, pero no controlan, una interpretación que forma parte de una teoría, o, al menos, es susceptible de formar parte de ella. El núcleo de esa interpretación se encuentra en el contraste entre nuestros conceptos y teorías y el modo cómo percibían lo real y actuaban en sus circunstancias específicas los sujetos, en este caso los políticos, cuya experiencia y trayectoria interesa a Rui Ramos. De este tipo son dos trabajos suyos: «*Foi a 1ª República un regime liberal? Para una caracterização politica do regime republicano português entre 1910 e 1926*», y «*Para uma história política da cidadania em Portugal*» (19).

El primero está dedicado a explicar cómo el carácter revolucionario de la Primera República portuguesa destruyó la herencia liberal de la Monarquía constitucional que había derribado. Sin esa base liberal, la República no fue una democracia, pues no introdujo el sufragio universal, sino que lo restringió. Al mismo tiempo, su impronta revolucionaria hizo imposible el pluralismo y, sobre todo, la alternancia en el poder.

El segundo de estos ensayos está destinado, con la perspectiva histórica del XIX portugués, a mostrar el modo en que, durante los años finales de la Monarquía constitucional y durante la República, la cultura política del *patriotismo cívico* empapaba el concepto de ciudadanía del regeneracionismo portugués. Éste podría interpretarse como una versión local del «republicanismo cívico» exhumado por Quentin Skinner y J.G.A. Pocock, intensamente teñido de un nacionalismo popular renovado, destinado a convertirse en el motor del cambio político en Portugal.

Hay, por último, una tercera faceta en el trabajo de Rui Ramos. Corresponde a su proyección política sobre la actualidad portuguesa desde su reflexión y saber como historiador. Son los artículos recogidos en el libro *Outra Opinião* (20). El conjunto proporciona una interpretación del Portugal surgido de la revolución de 14 de abril de 1974 y su evolución posterior. No por casualidad, la suma de estos análisis e interpretaciones viene abordada desde la biografía y el ensayo de síntesis. En el primer caso, figuran una serie de análisis políticos

(18) Y añade: «Esa teoría no puede partir de una simple hipótesis psicológica: Tiene que asentarse en un interpretación de la monarquía constitucional y de la cultura política en las que el rey se formó y actuó». RAMOS, (2006): 24. Matices aparte, está claro que no hay contradicción entre lo afirmado aquí por el autor y su deseo de evitar los esquematismos, que se menciona en la nota anterior.

(19) RAMOS (2004a) y (2004b).

(20) RAMOS (2004c) Se trata de un conjunto de ensayos escritos inicialmente para el semanario *O Independente*, a lo largo de 2003 y 2004, según la introducción. El semanario de ese nombre, aparecido en 1988, publicó su último número en 2006.

de gran penetración y un estilo brillante y directo que abarcan, desde Oliveira Salazar a Álvaro Cunhal, pasando por Antonio de Spínola, Mário Soares y Francisco Sá Carneiro. Entre los ensayos, junto a los tres primeros que resumen los problemas y las claves fundamentales de la historia contemporánea portuguesa, destacan «Os capitães de África», dedicado a explicar la significación de la guerra colonial en la última etapa del salazarismo y el gobierno de Marcelo Caetano. «A longa noite antifascista» constituye, en mi opinión, un perfecto ejemplo de lo mejor que la historia puede aportar a un debate racional sobre un pasado en gran medida amargo y frustrante, del que el historiador se siente parte y, en alguna ocasión (como en el análisis de la personalidad y trayectoria de Sá Carneiro), parte noblemente apasionada (21).

3. LIBERALISMO Y DEMOCRACIA EN EL PORTUGAL CONTEMPORÁNEO

3.1. *La variante peninsular de Monarquía constitucional*

En su *A segunda Fundação*, Rui Ramos fija el comienzo de la Primera República portuguesa en 1908, con el asesinato de Carlos I de Braganza y del príncipe heredero, Luis Felipe. Los dos años de reinado del último rey de Portugal, Manuel II, forman parte así del prólogo del régimen republicano. Con todo y con eso, el libro se divide casi por una mitad exacta entre el final de la Monarquía y la etapa radical de la República; 1890-1908/10 y 1910-1926, respectivamente.

El autor advierte en el prólogo sobre la primacía que otorga a los factores políticos y culturales (en definitiva a la acción y las ideas de las élites políticas y culturales). Pero eso no impide que el lector cuente para todo el período con un cuadro en extremo solvente de la situación social y económica de Portugal. Es más, tanto la crisis financiera, desencadenada tras el ultimátum británico de 1890, que se prolongó hasta comienzos del pasado siglo, como la inflación y el déficit crónico que conllevó la poco conocida participación de Portugal en la Primera Guerra Mundial, resultaron factores condicionantes de primer plano del proceso político durante la Monarquía y la República, respectivamente.

La situación económica de Portugal era paradójica y lindaba incluso con el absurdo. La división internacional del trabajo se le fue volviendo adversa a lo largo del siglo XIX. El país vecino carecía de materias primas y de productos agrícolas, salvo vino de alta calidad, para alimentar su comercio exterior, crónicamente deficitario. Su industria era modesta y de escaso valor añadido. Las

(21) En el sentido de que, para Sá Carneiro, que fue un liberal de origen católico, sin conciencia histórica de la herencia liberal portuguesa del siglo XIX, la política debía ser entendida como un ejercicio de relaciones humanas, que estimularan las disposiciones más nobles del ser humano. RAMOS (2004c)157.

finanzas del país y su crédito internacional dependían de las remesas de los emigrantes al Brasil, que remitían a la City de Londres. Era su cuantía la que determinaba si el gobierno portugués podía o no contratar empréstitos internacionales. Unido a estas dificultades, Portugal contaba con un vasto imperio colonial (sobre todo en África, tras la independencia del Brasil), que constituía, a su vez, otra fuente de déficit crónico, con algunas excepciones. Basta reparar en el dato que ofrece Rui Ramos sobre el comercio exterior portugués, para entender lo esencial de la situación: el 60 por ciento del intercambio tenía lugar con Inglaterra, y sólo el 6 por ciento con España. Portugal carecía de una política de tratados comerciales con otras potencias europeas.

En el plano político, Portugal había llevado a cabo la transición del absolutismo al régimen constitucional en fechas parecidas a las de España; es decir, a lo largo de la década del treinta del siglo XIX. El triunfo del liberalismo tuvo lugar luego de enfrentamientos armados entre absolutistas y liberales, vinculados a un pleito de sucesión dinástico, que fueron más graves y duraderos en la parte española. La consolidación del régimen liberal fue también algo anterior en Portugal que en España. En torno a 1890, los dos países parecían contar con Monarquías constitucionales estables. En ambos casos se trataba de sendas Coronas que, junto a la legitimación histórica, acumulaban la de haber promovido el sistema constitucional, al precio de la ruptura de la dinastía, que también internamente padeció la guerra civil que sufrieron sus pueblos respectivos. En este sentido las dos Coronas intervenían políticamente conforme al principio de la *co soberanía*. La nación, representada por las Cortes, compartía con la Corona el poder legislativo y el ejecutivo, mientras un poder judicial independiente aplicaba la ley en nombre del Rey. Éste intervenía en el proceso legislativo a través de la sanción de las leyes del parlamento y del teórico derecho de veto. El derecho de gracia otorgaba a la Corona participación en la acción de la justicia. Pero, políticamente, era irresponsable. Sólo el gobierno daba cuentas de sus actos ante las Cortes y podía perder la confianza de la mayoría, en cuyo caso, como si perdía la del Rey, debía indefectiblemente dimitir. Pero, aunque discreta e implícita, la acción política de la Corona resultaba esencial. Era ella la que aseguraba la alternancia en el poder y, de esa forma, atajaba el riesgo de guerra civil (22).

Las luchas civiles de la primera mitad del siglo decantaron los campos, no sólo de absolutistas y liberales sino, que al igual que en otros países europeos (esta comparación es constante en la obra de nuestro autor) separó el liberalismo en sendas alas, una más conservadora y más radical la otra. La Monarquía constitucional portuguesa combinó así dos tareas, similares a las que cubrió en Espa-

(22) El concepto de Monarquía constitucional, que sirve para explicar la acción política de Carlos I de Portugal, dentro de una tipología que engloba los casos de España y Bélgica y marca las diferencias con los de Gran Bretaña o Prusia y la Alemania Imperial, queda lúcidamente expuesto en RAMOS (2006): 99-101 y 103-104.

ña. La de símbolo del total desmantelamiento del Antiguo Régimen, de su imposible retorno, y la de árbitro en la lucha política en el campo liberal victorioso.

Rui Ramos hace un especial hincapié en la radicalidad del desmantelamiento del Antiguo Régimen, así como en el grado de control y de asimilación por la burocracia del Estado de la iglesia católica en Portugal, que resultó mucho más intenso que en España. Su balance de la importancia de la obra realizada por la Monarquía constitucional en Portugal resulta igualmente válido para España:

«La monarquía constitucional fue, en los últimos doscientos años, el más duradero de todos los regímenes políticos portugueses, y aquel en el que se desarrollaron por primera vez la mayor parte de las instituciones portuguesas contemporáneas» (23).

Sin embargo, fue ese impulso modernizador la fuente de la indefensión de la Monarquía y de la dinastía en Portugal (y en España), cuando el clima intelectual de la élite cambió y se difundió la doble idea de que la Monarquía era una institución incompatible en el tiempo con el progreso, con la soberanía de la nación y el autogobierno de los ciudadanos *conscientes*.

Dos palabras, una en portugués y otra en español, definen la clave del funcionamiento de ambas Monarquías: *Rotação* (que, en su momento, João Franco descalificaría con el término «*Rotativismo*») y *Turno*. La paz llegó cuando las principales facciones liberales aceptaron el arbitraje de la Corona para alternarse en el poder sin recurrir a la fuerza. Aquí va implícito todo un proceso político, cuyos supuestos sociales, culturales y administrativos, Rui Ramos expone y explica con rigor y claridad. Mencionemos algunas referencias que considero claves. Para las clases medias de la ciudad y del campo no había símbolo mayor de promoción y respetabilidad social que ostentar cargos en la administración. El móvil, por tanto, de la lucha política estaba muy claro, y eso determinaba la total implicación de las clases medias en todos y cada uno de los intersticios del régimen constitucional (24). A efectos sociales y políticos, la nobleza era irrelevante en la vida portuguesa. No así los grupos políticos, que en el caso portugués se denominaban *regeneradores* y *progresistas*. Nuestro autor señala que los partidos eran imprescindibles para ganar las elecciones; no tanto para gobernar. Ambos estaban compuestos de una red de *influentes* que contaban con clientelas locales transversales, basadas en el favor, la deferencia y la presión, al igual que en España y otros países europeos. La pobreza, el analfabetismo y sus efectos sobre la actitud y las demandas de la gente de los pueblos hacia la política y sus representantes quedan retratados con extraordinaria nitidez por Rui Ramos. Ahora bien, en los países latinos centralizados, los *influentes* y sus clientelas necesitaban, a su vez, de la influencia administrativa y de las consignas del gobierno. Las elecciones, al igual que España, no determinaban la lle-

(23) RAMOS (2006): 24.

(24) «Los partidos políticos –define lapidario Rui Ramos– eran la forma de organización de la clase media para explotar el poder político, distribuir los beneficios y atenuar las responsabilidades.» RAMOS (2006): 128.

gada al poder, sino que se limitaban a refrendar lo ya decidido por la Corona y las élites de los partidos. De ahí que, no tanto la corrupción cuanto la falta de competencia electoral fuera un elemento esencial de las Monarquías constitucionales portuguesa y española.

«El régimen no se asentaba en la competición entre los electores, sino en el «acuerdo» entre los partidos (...) El rey les aseguraba que ningún partido en el gobierno podría abusar de su posición para perseguir al otro, o arrogarse beneficios ilegítimos del usufructo del poder» (25).

3.2. Factores de crisis de la Monarquía constitucional portuguesa

La ausencia de incertidumbre que aseguraba *a rotação* conllevaba un cambio frecuente de gobiernos (26). Pero Rui Ramos advierte que esta inestabilidad era más aparente que real. En los treinta y siete años transcurridos de 1860 a 1897, los cambios establecieron la duración media de los gobiernos en año y medio. Pero, en todo ese tiempo, sólo en cuatro ocasiones el cambio de gobierno significó cambio de partido. Al mismo tiempo, hasta la muerte del líder regenerador Fontes Pereira de Melo, en 1887, precedida en dos años por la del jefe del partido progresista, Brancamp, los portugueses conocieron liderazgos políticos fuertes y prolongados. ¿Qué ocurrió entonces, de 1890 en adelante, para que la inestabilidad de los gobiernos se agudizara cada vez más, los cambios en el ejecutivo lo fueran también de partido, menudearan las disoluciones y suspensiones de las Cortes y los partidos constitucionales de [ambas] Monarquías emprendieran una fragmentación cada vez más cainita? ¿Por qué un régimen constitucional más avanzado que el país en que regía, aunque ofreciera sombras, comenzó a ser despreciado, como si su eliminación se hubiera vuelto un paso ineludible en el camino del progreso?

La respuesta de Rui Ramos es un relato complejo, que encadena las «lógicas de la situación» que se fueron sucediendo hasta el asesinato de Carlos I, el 1 de febrero de 1908, y el débil golpe lisboeta contra el gobierno todavía más débil de don Manuel II, el 5 de octubre de 1910, que trajo la República. Pero hace hincapié en tres tipos de factores: los efectos de deslegitimación para la élite liberal del ultimátum inglés del 11 de enero de 1890, que ésta no logró superar.

(25) RAMOS (2006): 129. Y en punto a las elecciones «(...) Nadie hacía campaña electoral a la inglesa, esto es, reuniones públicas. No había carteles ni mítines. Todo quedaba previamente negociado entre los políticos, con gran dureza, de modo que en el día de las elecciones no hubiera sorpresas». RAMOS (2006): 130.

(26) Me parece oportuno notar aquí, que una diferencia esencial entre los países latinos y los anglosajones y nórdicos es la capacidad de estos últimos para asumir y aceptar la incertidumbre política que conlleva toda alternancia en el poder arbitrada por el sufragio, censitario o universal. No era sólo que la Corona arbitrara, es que ese arbitraje consentido eliminaba la incertidumbre sobre el acceso al poder a plazo corto o medio.

La larga crisis financiera que le siguió y agudizó el atraso económico relativo del país con relación a Europa. El peligroso juego al que se entregaron, en tercer lugar, los partidos regenerador y progresista de fomentar o apoyar las disidencias en el partido rival. Una labor divisiva, orientada a obtener el poder, que fragmentó hasta casi la anarquía el bipartidismo original. Estas luchas complicaron cada vez más la labor arbitral de la Corona y terminaron por minar gravemente la institución. Llegó así el fiasco que, con ese trasfondo, supuso la pseudo *dictadura* de João Franco. Una *dictadura* que duró en realidad ocho meses de sus dos años de gobierno. Pero el argumento de fondo, donde reside la principal aportación de Rui Ramos y la originalidad de su argumento, es el que nos remite a la continuidad entre la cultura política de la élite liberal, basada en un patriotismo cívico, y el regeneracionismo tendente a la «refundación» de la nación portuguesa, que dominaba y legitimaba la acción política de los republicanos. El conjunto de la élite liberal, incluidos el Rey don Carlos y João Franco, no comprendieron que la radicalización de las aspiraciones del patriotismo cívico y del regeneracionismo republicano, que João Franco trató de fundir, eran incompatibles con el pluralismo, la tolerancia y un Estado limitado en su capacidad de intervención, que daban verdadero sentido al liberalismo de la Monarquía constitucional portuguesa.

3.2.1. El ultimátum de 1890 y la alianza inglesa

Pero veamos sintéticamente los cuatro elementos fundamentales de la crisis de la Monarquía constitucional, enumerados por Rui Ramos. Para empezar, nuestro autor priva de todo dramatismo al ultimátum del gobierno británico tory del primer ministro lord Salisbury, presentado por su embajador al ministro de Asuntos Exteriores portugués, Barros Gomes, el 11 de enero de 1890 (27). Esta reacción de fuerza frente a una «pequeña potencia muy irritante», según la opinión de lord Salisbury, era la consecuencia lógica de la falta total de realismo del gobierno progresista y, en general, del regeneracionismo portugués sobre la situación internacional de su país y los verdaderos fundamentos diplomáticos de la independencia portuguesa (28).

Los políticos portugueses, y en particular el partido progresista, en aguda rivalidad con los regeneradores, habían tratado de diversificar sus relaciones exteriores y poner a prueba su independencia del Reino Unido, aproximándose a Francia y Alemania. Fruto de esta aproximación fue el reconocimiento por parte de ambas potencias de la pretensión de Portugal de anexionarse el territo-

(27) Barros Gomes pertenecía a un gobierno del partido progresista, presidido por José Luciano.

(28) Sobre las implicaciones del planteamiento realmente asombroso, según el cual «*Inglaterra debe a Portugal todo lo que es*», y el planteamiento alternativo de Oliveira Martins de alianza con España, V. RAMOS (2006): 199.

rio situado entre sus dos grandes posesiones africanas, las de Angola y Mozambique. Se hizo entonces famoso lo que se llamó el «mapa rosa». Un plano que dibujaba en ese color dicho territorio puente (hoy perteneciente a Zimbawe). Para posesionarse de él, Portugal envió tropas y el resultado fue el ultimátum inglés. Lo que temían los británicos era que las veleidades portuguesas terminaran convirtiendo a Alemania en una amenaza grave para las posesiones británicas en África del Sur, envueltas entonces en el cruento, difícil e impopular conflicto con los Boers, que se prolongaría hasta 1902.

Sólo Carlos I pareció tener claro en todo momento lo que estaba en juego. De la peligrosa naturaleza de este conflicto dieron buena cuenta, sin embargo, los dos tratados que suscribió Portugal con Inglaterra ese mismo año de 1890 y el siguiente. Portugal se comprometió en ellos a no dar ningún paso respecto a sus posesiones coloniales sin el visto bueno y el derecho preferente del Reino Unido. Hubo de olvidar también el «mapa rosa» y enfrentarse a la pesada carga, muy superior a sus magras capacidades financieras, de ocupar administrativa y militarmente de modo efectivo Angola y Mozambique. Con todo, Inglaterra prefirió prevenir todo riesgo y firmó con Alemania un tratado (30 de agosto de 1898) por el que ambas potencias se repartían todo empréstito que se realizara a Portugal y se garantizaban el cobro del préstamo con los ingresos aduaneros de Angola, Mozambique (y Timor). De abandonar Portugal ambos territorios africanos, británicos y alemanes se los repartirían amistosamente. En virtud de este acuerdo general, los alemanes abandonaban su apoyo a los Boers. La compensación británica para Portugal fue el acuerdo –secreto, eso sí– de 14 de octubre 1899, en el que, a instancias otra vez de Carlos I, un nuevo gobierno progresista de José Luciano obtenía de Inglaterra la reafirmación de todos sus compromisos en defensa de la independencia de Portugal y la integridad de sus colonias, desde 1641 en adelante (29).

3.2.2. La crisis financiera

Al descrédito que el inevitable sometimiento del país a la tutela inglesa proyectó sobre la élite liberal y la popularidad del Rey, se unió el deterioro de una situación económica muy difícil de restablecer. La crisis económica brasileña de 1890 y la caída de las exportaciones de vino portugués a Francia, crearon una situación especialmente amarga. La deuda reconocida por Portugal superaba quince veces los ingresos del estado y dos veces el PNB de la época. El cuarenta por ciento de los gastos del Estado portugués se iban en pagar los intereses de la deuda. Para enfrentarse a esta situación, los progresistas crearon dos monopolios entre 1886 y 1890: el de emisión de papel moneda por el Banco de Portugal (que puso fin a la convertibilidad automática del escudo y otras monedas, que circula-

(29) RAMOS (2001): 114-119 y 121-129 y RAMOS (2006): 57-67.

ban libremente por el país, al patrón oro) y el de tabacos. Pero el arrendamiento del monopolio de tabacos generó prolongados conflictos políticos. El caso es que, en enero de 1892, el estado portugués se declaró insolvente y el crédito internacional desapareció (30). Las finanzas portuguesas se restablecieron lentamente a lo largo de la década de 1890, pero al descrédito de la política liberal, se sumó el de la economía liberal y, en concreto, del librecambio. Intelectuales regeneracionistas como Oliveira Martins, que Rui Ramos conoce bien (31), propugnaron un giro proteccionista que convirtiera a Portugal en un país «industrial», de una industria protegida dedicada a la sustitución de las importaciones.

Pero ni el ultimátum ni la crisis financiera constituyen, a ojos de Rui Ramos, los factores determinantes de la crisis política, sino tan sólo sus circunstancias desencadenantes.

«El radicalismo –señala– fue el aspecto político que revistió, en la década de 1880, el comienzo de la ruptura del sistema de amistades y compromisos que hasta entonces impediera o atenuara las brutalidades del poder y las conspiraciones de la oposición» (32).

Dicha ruptura no se produjo sólo en el plano personal y en las relaciones políticas. Tenía por fundamento un giro importante en el terreno de las ideas. Para empezar, a lo largo de la década de 1885 a 1890, se propagó un planteamiento espantado y catastrófico de la evolución futura de la sociedad europea, que significaría para Portugal «la bancarrota del Estado o el asalto feroz de las potencias europeas a los bienes coloniales de la nación». De este horizonte de alarma se derivaba, con aparente normalidad, la necesidad de impulsar una política de grandes remedios, a la altura de los males presentidos y de las inminentes catástrofes. El individualismo liberal y el libre cambio, pero también el sufragio universal y el parlamentarismo pasaron a estar en cuestión. Este último pasó a convertirse en el símbolo máximo de la inutilidad política para encarar los nuevos desafíos. Aunque el odio más agudo de los críticos de la Monarquía, puntualiza Rui Ramos, «no era contra la idea del parlamentarismo, sino contra la política de transigencia y de conciliación que aquéllos [los partidos históricos] representaban». Prototipo de las nuevas ideas y de la nueva actitud política era el citado Oliveira Martins, quien, directa o indirectamente,

«quiso oponer siempre a los acuerdos entre caballeros del «transformismo» la idea de un gobierno apoyado en una fuerza social irresistible, un gobierno que, por lo mismo no necesitase pactar con nadie, un gobierno poderoso, exento de frenos impuestos por la burocracia y por el campanario, que se dirigiese directamente al país, sin instancias intermedias, y pudiera ser brutal cuando le conviniera» (33).

(30) RAMOS (2001): 129-133. RAMOS (2006): 78-79.

(31) A él dedicó su tesis doctoral el autor en la Universidad de Oxford.

(32) RAMOS (2001): 149

(33) RAMOS (2001): 177. En el *D. Carlos*, Rui Ramos matiza un tanto esta opinión, al recordar que «el exceso de énfasis en el giro proteccionista y colonial operado desde 1890, ha

3.2.3. La desintegración de los partidos constitucionales en «una Monarquía sin monárquicos»

Desde un punto de vista español, habría que empezar por señalar que, si bien estrechamente emparentada con la Monarquía constitucional de la Restauración, dentro de las variantes mencionadas del modelo de Monarquía constitucional europeo acuñado por Rui Ramos, la portuguesa se asemeja más a la que hubiera sido la variante española de aquélla, en el caso de haber sobrevivido la efímera Monarquía democrática de Amadeo de Saboya, entre 1871 y 1873, dentro del conocido como Sexenio revolucionario de 1868 a 1874. Esto es así por dos factores: la superior cultura y adhesión monárquica y dinástica de los partidos constitucionales españoles, el conservador y el liberal, en primer lugar, así como por la mayor cohesión y disciplina de partido en el sistema bipartidista de la Restauración, en segundo término. Concebir la Monarquía como un puro expediente para posibilitar el gobierno constitucional en un país pobre y atrasado que, no obstante, tendería *naturalmente* a una República en cuanto progresara y mejorara en todos los órdenes, fue una mentalidad ampliamente extendida entre los constituyentes españoles de 1869 (34). Sin embargo, en el caso español, el ominoso fracaso de los once meses de República, entre febrero de 1873 y enero de 1874, hizo imposible mantener semejante perspectiva durante la Restauración. Pero en Portugal era el propio D. Carlos quien hablaba de «monarquía sin monárquicos», refiriéndose a la suya. Para Rui Ramos, «(...) Los llamados *políticos monárquicos* eran en realidad republicanos que aceptaban por conveniencia la dinastía». Esto era así, subraya, pese a que la Monarquía había mantenido la continuidad del Estado y simbolizado la independencia de la nación durante seis siglos sin interrupción (35). La precariedad de la Corona no era sólo política, por otra parte. La Monarquía portuguesa era una monarquía pobre, sometida a una lista civil insuficiente durante décadas, lo cual obligaba a la Casa Real a mendigar los favores del gobierno de turno. Eran los llamados «adiantos» (adelantos). Cantidades que el Estado facilitaba al margen y por encima de la lista civil a la Corona, y que se iban acumulando, en una suerte de descubierta de la Monarquía, tan simbólico en lo material como en lo político (36).

La situación anterior no significaba, pese a todo, una gran fortaleza política y electoral de los republicanos. Su presencia parlamentaria era mínima y los votos sólo les llegaban de las dos grandes capitales del país: Lisboa, especialmente, y Oporto. No obstante, esa debilidad (que era política, organizativa y

ocultado el importante debate habido entre esos años y 1906 sobre el mercado abierto, la libertad individual y el papel de la iniciativa empresarial y de la integración de Portugal en la economía internacional». RAMOS (2006): 234.

(34) RAMOS (2001): 93. Para el caso español, CALERO (1987) y VILCHES (2001),

(35) RAMOS (2001): 93.

(36) «Por la ley de 28 de junio de 1890, D. Carlos pasó a recibir la misma lista civil que le fuera atribuida a su bisabuelo Juan VI, en 1821»; RAMOS (2006): 114.

electoral, pero no intelectual), descrita y reiterada por nuestro autor a lo largo de sus libros (37), lejos de impedirla, suponía la permanente imbricación del republicanismo en la política constitucional portuguesa, de un modo similar al español. La amenaza republicana servía, en ambos países, para intimidar a la Corona y condicionar sus decisiones políticas. Así, la izquierda del régimen (el partido progresista en el caso portugués) podía amenazar y, periódicamente, lo hacía, con votar o aproximarse a los candidatos republicanos y, en general, especular más o menos abiertamente con la necesidad de una futura República como parte necesaria del progreso (38). La relativa derecha liberal conservadora existente en Portugal (el partido regenerador, cuyo líder durante el reinado de Carlos I, Hintze Ribeiro, había sido republicano intransigente en su juventud) podía, por su parte, valerse de la presión anterior para marcar los límites de lo que podía permitirse el partido progresista dentro de la legalidad constitucional y de lo que la Corona podía y debía tolerar (39).

En todo caso, Rui Ramos demuestra que la Monarquía constitucional no se derrumbó por la invencible presión republicana, manifestada en forma democrática. La Corona, además de por un atentado terrorista que eliminó dos de sus tres cabezas, pereció por el desmoronamiento de los dos partidos constitucionales, envueltos en una inextricable y desleal lucha de facciones entrecruzadas, que todavía se envenenó más con el episodio gubernamental de João Franco, entre 1906 y 1908. De esta intrincada jungla política, por la que Rui Ramos nos guía con mano tan exhaustiva como segura, nos ceñiremos aquí a los que aparecen como factores fundamentales de la crisis: la actitud del Rey y la de los cuatro principales líderes políticos del reinado, en lo que tuvieron que ver con la viabilidad de los gobiernos y la estabilidad política: José Luciano de Castro, por los progresistas; el citado Hintze Ribeiro, por los regeneradores; el disidente regenerador, João Franco, y José María Alpoim, disidente del partido progresista.

En lo que se refiere a Carlos I, hemos visto su invariable posición favorable a la alianza con Inglaterra. En política interior, el Rey coincidía con los republica-

(37) V. por ejemplo, RAMOS (2006): 249-251.

(38) «La fuerza del partido progresista estaba, como de costumbre —escribe Rui Ramos—, en ser una especie de partido republicano de la monarquía, que necesitaba ser mimado para no sucumbir por despecho a su naturaleza subversiva.» RAMOS (2006): 154.

(39) RAMOS (2006): 70. Las apuntadas diferencias entre ambas Monarquías peninsulares y sus partidos constitucionales se capta perfectamente en esta aguda referencia de Rui Ramos a la naturaleza, supuestamente conservadora, del partido regenerador y de su más ilustre líder, Fontes Pereira de Melo, durante el reinado anterior de Luis I: «Durante años, Fontes Pereira de Melo argumentó que lo que le distinguía de los progresistas no eran los principios “conservadores”, sino el “principio de oportunidad”, (...), daba a entender de ese modo, que él también, en teoría, quería llevar a cabo una república democrática, laica, pero legal y gradualmente conforme la situación evolucionase». *Ibíd.* Pág. 137. Un planteamiento como este hubiera sido inaceptable para Cánovas —con el que suele compararse a Fontes— y su partido liberal conservador. Pero también para Maura o Dato. Tampoco los jefes liberales, como Sagasta, Canalejas, García Prieto o Romanones hubieran suscrito este planteamiento, más allá de lo hipotético.

nos, aunque por motivos opuestos, en que la Monarquía duraría lo que la cohesión y lealtad mutua de los partidos constitucionales. De ahí, que nuestro autor haga hincapié en que trató por todos los medios de mantener el bipartidismo con sendos liderazgos estables y fuertes (40). Esta actitud se mantuvo incluso cuando el Rey apoyó gobiernos alternativos de regeneradores y progresistas, que alentaron reformas opuestas, bastante radicales, que incluían la ley electoral y la composición de las Cámaras del parlamento. Y es que, hasta «su muerte, en 1908, —explica Rui Ramos— D. Carlos nunca nombró un gobierno que no estuviese y que no prometiese orientarse más a la izquierda del gobierno anterior. Esta estrategia de oportunismo democrático le sería fatal», añade nuestro autor (41).

Difícilmente podía tener sentido, sin embargo, una política atenta a preservar *a rotação*, pero que, al mismo tiempo, significara una radicalización respecto a la del gobierno anterior, cuyos contenidos anulaba. Dado el carácter hermético del Rey, la lectura de su biografía (que enciende todos los focos posibles de luz sobre el personaje y su circunstancia) deja un fondo de perplejidad acerca de las motivaciones de su conducta. Carlos I casi alcanzaba las hechuras de un Luis XVIII. A poco de cumplidos los cuarenta años, se le diagnosticó una diabetes y eso cambió profundamente sus hábitos, haciéndolos más austeros. Reservado, tímido, educado, distante. Fallaba siempre en sus contactos con la gente, aunque mejoraba en las distancias cortas y en los entornos amistosos. Su matrimonio fracasó, y la reina Amelia de Orleans se convirtió en una de sus principales opositoras, sobre todo en relación a João Franco. Notable pintor y oceanógrafo, el Rey no era un intelectual ni tampoco una persona que se atormentara por problemas de conciencia.

«Necesitaba estímulos externos, distracciones, ocupaciones (...) Había en él energía y desasosiego. (...) Era práctico, rápido. No le gustaban mucho las ceremonias, (...)». Y manifestaba también una desagradable manía por demostrar que era el mejor en todo (42).

A lo anterior se añade una práctica aún más importante, desde el punto de vista político: «Tenía normalmente —Carlos I— un papel fundamental en la formación de los gobiernos, discutiendo los nombramientos de los ministros con el presidente del consejo, y sirviendo de intermediario para convencer a alguno de los escogidos (...)» (43). Si a esto añadimos las cada vez más frecuentes suspensiones y elecciones de Cortes, desde 1895 hasta 1908, a fin de apuntalar los liderazgos de un bipartidismo progresivamente quebrantado, es evidente

(40) Entre 1891 y 1906 redujo sus designaciones a sólo dos figuras: José Luciano de Castro, jefe del Partido Progresista y Presidente del Consejo de Ministros entre 1897 y 1900 y de nuevo entre 1904 y 1906; y Hintze Ribeiro, jefe del Partido Regenerador desde 1900, y responsable del gobierno de país entre 1893 y 1897, 1900 y 1904 y en 1906». RAMOS (2006): 127.

(41) RAMOS (2001): 187.

(42) RAMOS (2006): 167 y 188. Bastantes de estos rasgos hacen recordar, por cierto, a Alfonso XIII de España, aunque no la timidez ni la falta de habilidad y simpatía para el contacto humano con todo tipo de gentes.

(43) RAMOS (2006): 189.

que Carlos I se involucró de lleno en las luchas políticas, muy al contrario de la neutralidad buscada por su padre Luis I, que disfrutó, ciertamente, de tiempos más tranquilos para el ejercicio de la regia prerrogativa.

En cuanto al proceso de disolución de los partidos, éste fue el resultado de su acción que, lejos de servir a la estabilidad y la adaptación del sistema constitucional, lo desprestigiaba y reducía a una impotencia creciente. En lugar de mantener una solidaridad básica, progresistas y regeneradores tendían a despedazarse, a lo que se añadían las luchas sin principios por la jefatura en el interior de cada partido, azuzadas desde el partido de enfrente. Este clima tenía un trasfondo. «Los políticos provenían de los mismos medios sociales, de las mismas escuelas (...). Se conocían demasiado bien para que reconocieran fácilmente la superioridad de uno de ellos». Es decir, no había aparecido un nuevo Fontes, pero todos aspiraban a ocupar ese papel y, en todo caso, a impedir que ningún otro lo ocupara (44).

Las rivalidades se agudizaron más todavía cuando, con la lenta mejora de la situación financiera del país, a partir de 1900, y pendiente la contratación de un gran empréstito del arrendamiento del monopolio de Tabacos, ambos partidos *rotativos* entendieron que la hegemonía correspondería al partido que consiguiera cerrar el empréstito, del que manaría la fuente de recursos financieros desde la que alcanzar el ambicionado papel de nuevo Fontes (45). Los progresistas de José Luciano consiguieron así frustrar los esfuerzos del gobierno regenerador de Hintze Ribeiro para cerrar la operación. Pero, a su vez, el gobierno siguiente de José Luciano y los progresistas se vieron boicoteados por la oposición interna de José María Alpoim, que llegó a acusar al jefe de su partido en el parlamento de ser «el jefe de los ladrones», y que estaba sostenido por Hintze. Luciano de Castro respondió, a su vez, brindando su apoyo a la disidencia planteada por João Franco frente a Hintze dentro del partido regenerador. Franco había roto con Hintze en 1901, cuando aquél vio frustradas sus esperanzas de compartir la jefatura del partido con este último. Una bicefalia similar a la del gobierno encabezado por ambos entre 1893 y 1897. Franco creó un grupo disidente, el regenerador liberal e, inicialmente, trató de abrirse camino hacia el poder conforme a técnicas perfectamente democráticas (mítines, prensa, organización de partido y movilización electoral), al servicio de un programa de regeneracionismo radical, continuador del exhibido por el gobierno que había compartido con Hintze.

Sin embargo, Franco no tardó en comprobar que la agitación democrática era incapaz de penetrar las tupidas redes clientelares de los progresistas y los regeneradores y modificar el sentido del voto (46). Así que optó por tratar de

(44) «La oligarquía de los jefes –sigue explicando Rui Ramos– apenas encubrían una competencia feroz por la influencia dentro de la élite política. La incapacidad de los gobiernos venía de ahí, del modo como los políticos se mareaban unos a otros para impedir que cualquiera de ellos consolidase una posición de predominio.» RAMOS (2006): 133 y 237.

(45) RAMOS (2006): 239.

(46) RAMOS (2006): 240-242. Algo parecido le ocurrió al liberal Canalejas en España, mientras el conservador Maura lo intentó en mucha menor medida.

aliarse con Alpoim, en un tándem hostil al Rey, quien, una y otra vez, había respaldado las jefaturas de Hintze y Luciano frente a sus respectivos disidentes. Fue entonces cuando Franco encontró el apoyo de José Luciano. Éste, inicialmente, le había combatido en apoyo de Hintze, pero ahora estaba decidido a hacerle la vida imposible al jefe regenerador, una vez situado al frente del gobierno que acababa de sucederle. De ahí surgió la Coalición Liberal entre los progresistas de Luciano y los regeneradores disidentes de Franco, en abril de 1906. Habían transcurrido, pues, cinco años de luchas agotadoras y estériles, consecutivas a la anulación por José Luciano, en 1897, de la obra del gobierno regenerador de Hintze y Franco de 1893 a 1897. Y lo fundamental, la contratación de monopolio de Tabacos y el empréstito seguían sin cerrar (47).

La fase culminante de la crisis política de la Monarquía vino, sin embargo, con la destitución del gobierno Hintze y su reemplazo por João Franco, el 19 de mayo de 1906. Don Carlos había respaldado tanto a Luciano como a Hintze, otorgándoles los correspondientes decretos de disolución y elección de Cortes. Había tratado también de protegerles de las encrespadas batallas parlamentarias con *adiamentos*, esto es suspensiones y aplazamientos de los períodos de sesiones ordinarios, habitualmente tormentosos. Fue esto mismo lo que le pidió Hintze, confrontado, entre otros problemas, a las presumibles consecuencias parlamentarias de unos disturbios republicanos en Lisboa. Don Carlos quería una avenencia con los republicanos, cuyo líder más moderado, Bernardino Machado, se lo había solicitado al Rey. Éste se negó a un nuevo *adiamento*, Hintze dimitió y don Carlos dio la sorpresa llamando a Franco. Es decir, el Rey rompió la alternancia introduciendo una personalidad nueva al frente del gobierno. Era un modo de dar a entender que Hintze y los regeneradores habían fracasado, tanto al menos como José Luciano y los progresistas. La dimisión de Luciano era tan reciente y la ruptura de su partido tan flagrante, que resultaba imposible volverlo a llamar a formar gobierno. Y eso parecía justificar que el requerido para presidir el gobierno fuera Franco, su aliado en la Coalición liberal. Si bien, puntualiza Rui Ramos, «Franco, después de 10 años de oposición contra todo y contra todos (incluido el Rey), era un hombre completamente desacreditado entre los políticos del régimen» (48).

3.3. *La dictadura de João Franco o una Monarquía de antimonárquicos*

La llegada de Franco al poder no significó la puesta en marcha de ninguna dictadura. Junto con sus poco más de veinte diputados, aquél formaba coalición con los progresistas. Su programa de gobierno era una actualización del que

(47) Sobre estas vicisitudes, RAMOS (2006): 156-160, 236 y 243-245 y 259. Sobre los disturbios republicanos en Lisboa, el 4 de mayo de 1906, y sus consecuencias, RAMOS (2001): 235.

(48) RAMOS (2001): 236.

esgrimiera en su gobierno regenerador con Hintze. Sólo que en 1906, Franco se sentía favorecido por la mejor situación financiera del país. Ante todo, buscaba remover la clase política del *rotativismo*, integrada por funcionarios y un predominio de abogados y médicos, cuyo lugar debía ser ocupado por los representantes de unas supuestas «fuerzas vivas». La autonomía de los ayuntamientos y el mayor protagonismo e independencia frente al Estado de instituciones y organismos sociales era otro de sus objetivos. Había también un proyecto de pensiones para los trabajadores y un propósito de estimular la economía portuguesa con tratados de comercio y rebaja de los derechos aduaneros. Además, consideraba necesario desviar a África la corriente de emigración portuguesa a Brasil. En opinión de Rui Ramos, Franco

«nunca pensó que el Estado tuviera que dirigir la sociedad hacia un brillante futuro. Era un liberal. A los propios interesados correspondía preocuparse de sí mismos, sin preocuparse de la mano del gobierno» (49).

El Rey proporcionó a Franco el decreto de disolución de Cortes y el de convocatoria de nuevas elecciones a poco de llegado al poder, al igual que había hecho, con anterioridad, a favor de Luciano y Hintze. La Coalición liberal obtuvo en ellas mayoría relativa, pero la suma de los diputados regeneradores y del grupo progresista que se mantenía al margen de la Coalición gubernamental superaba los votos de ésta, y más si se añadían los cuatro escaños republicanos (50). Y ése fue el comienzo de los problemas. Franco ya había fracasado al intentar convertir la Coalición en un nuevo partido, el Liberal. Y volvió a fracasar, pese a su denodada insistencia, cuando, en abril de 1907, poco menos de un año desde su llegada al poder, no obtuvo de José Luciano los nombres que le pedía del partido progresista para entrar en el gobierno. Ésa fue la ruptura de la Coalición y tras ella vino el órdago del Rey. No podía darle a Franco un nuevo decreto de disolución, pero sí le dio lo que le había negado a Luciano y a Hintze: mantenerle en el poder con las Cortes cerradas y sin fecha anunciada para unas nuevas elecciones. Técnicamente eso era la dictadura. La cosoberanía de las Cortes con el Rey quedaba, si no eliminada, sí en suspenso (51).

En la nueva situación, Franco demostró estar dispuesto a todo. Cerró el contrato del monopolio de Tabacos nada más quedar disueltas las Cortes. El camino del empréstito quedaba despejado. Pero adoptó una iniciativa más polémica y embarazosa: regularizar y liquidar los *adiantos* a la Casa Real, efectuados por el Banco de Portugal, con la firma de diferentes jefes de gobierno y ministros. La medida (de 30 de agosto de 1907) podía interpretarse en detrimento de don Carlos; es decir, como si éste respaldara la *dictadura* de Franco con el fin de enderezar la lista civil de la Real Casa. O, por el contrario, en detrimento del jefe del gobierno, como si éste buscara secuestrar la confianza regia, so

(49) RAMOS (2001): 241. El programa de gobierno en RAMOS (2006): 263.

(50) RAMOS (2001): 264.

(51) RAMOS (2001): 245. RAMOS (2006): 271.

pena de males mayores para la Corona (52). *La dictadura*, por otra parte, sólo llegó a adoptar dos medidas dignas de ese nombre. La más importante fue la disolución de los ayuntamientos (el 12 de diciembre de 1907) y su sustitución por comisiones gestoras, designadas, en última instancia, por el gobierno. No era contradicción menor para quien había prometido una mayor autonomía para los poderes locales, pero se trataba, en esencia, de una medida electoral. Las elecciones generales quedaron convocadas quince días después, para el 5 de abril. Por tanto, técnicamente, se había salido de la dictadura. La otra medida, de 23 de diciembre, respondió igualmente a fines electorales: la reforma por decreto de la Cámara alta, que pasaba a tener un porcentaje ilimitado de pares nombrados por la Corona, sin perjuicio de quienes lo fueran por derecho; esto es, una Cámara al modo de la de los Lores británica (53).

Para Rui Ramos, el extraño maridaje entre don Carlos y João Franco, surgió del agotamiento de los recursos del primero para formar gobiernos con una mínima estabilidad. Lo que ambos buscaban era presionar a progresistas y regeneradores para que se avinieran a coexistir con un nuevo líder y una nueva fuerza política, Franco y su Coalición (54). Para nuestro autor, la iniciativa del Rey y su ministro conllevaban dos serios errores: subestimaban la fuerza y la importancia de los partidos constitucionales de *a rotação* y, sobre todo, no eran conscientes de que el rumbo emprendido requería de una verdadera dictadura (55).

En todo caso, lo que Franco sí consiguió fue la unidad de toda la oposición en su contra, incluida la reina Amelia. Hintze (56), Luciano y Alpoim se reconciliaron. A través de este último, los republicanos entraron de lleno en la política del régimen, pero no para impulsar un proyecto alternativo de democratización, sino para poner en marcha una conspiración que terminaría en regicidio. La trama comenzó a urdirse en julio de 1907, entre João Chagas por los republicanos, y los disidentes de Alpoim, finalmente representados por su jefe. Los contactos militares resultaron endebles. En cuanto a los bajos fondos del republicanismo, de los cuales el líder republicano Afonso Costa era un activo organizador, la prepotencia de Franco y la desidia de las autoridades confluyeron en dejar hacer. Cuando el 31 de enero de 1908, el Rey firmó un decreto del gobierno que autorizaba el exilio de los condenados por conspiración en los tribunales (luego de la detención de algunos conspiradores, entre ellos Chagas, en días anteriores), «la opinión, en Lisboa, intuyó un atentado inminente» (57). Éste tuvo lugar, de modo fulminante, al día siguiente, en Lisboa, cuando la familia real en coches descubiertos, atravesó la capital de vuelta de una estancia en Vila

(52) RAMOS (2001): 278. RAMOS (2006): 247.

(53) RAMOS (2001): 285.

(54) RAMOS (2006): 273.

(55) RAMOS (2006): 279.

(56) Hintze Ribeiro murió de un ataque al corazón el 1 de agosto de 1907. Fue sustituido a la cabeza del partido regenerador por Julio de Vilhena, que se sumó al poco al bloque opositor.

(57) RAMOS (2001): 254. RAMOS (2006): 311.

Viçosa, en el Alentejo. El vehículo real fue ametrallado por ocho conspiradores, de los que dos murieron en el tiroteo que se entabló.

«En definitiva –resume Rui Ramos–, en la oposición se deseó la muerte del rey y ésta fue ejecutada por agentes de esa oposición. Esto es indiscutible. Tampoco es posible aceptar que el rey hubiera sido escogido por el grupo de asesinos simplemente porque no encontraron a Franco» (58).

Pero, nuestro autor, no encuentra posible demostrar que Alpoim y Afonso Costa tomaran la decisión, aunque la probabilidad es alta. Significativamente, la indiferencia primó con mucho sobre el dolor. Se pasó así de la «Monarquía sin monárquicos» a la «Monarquía sin Rey».

4. DEL REGENERACIONISMO AL SECTARISMO. LA PRIMERA REPÚBLICA PORTUGUESA

En *A segunda fundação*, Rui Ramos lleva a cabo una crítica explícita del criterio de historiadores «muy sabios», para los cuales la clave de los problemas políticos, del fracaso del liberalismo constitucional y de la democracia en la península ibérica estaría en el subdesarrollo económico y social de Portugal y España (59). Si no me equivoco, la crítica va dirigida a uno de los historiadores más notables de la España contemporánea, Raymond Carr (60). El *opus maior* de Carr, que desarrolla este enfoque, recurre al argumento del subdesarrollo, sobre todo para la etapa de la Segunda República, cuando el análisis político se vuelve crecientemente incómodo para un enfoque benévolo hacia los valores y la conducta de las fuerzas de izquierda.

«Estos historiadores –señala Rui Ramos– vienen a decirnos que los problemas del siglo XIX se explican por la precipitada aplicación de un sistema político moderno a una sociedad que no era moderna». De lo cual surge una conclusión fundamental, convertida en tópico habitual de la historiografía peninsular desde distintos enfoques: la del liberalismo como *farsa*. «La tendencia es, fatalmente, la de interpretar la política liberal como una «caricatura» de sus propias leyes» (61).

Para nuestro autor, éste «es un principio equivocado». No porque los factores sociales o económicos no cuenten, sino porque éstos se limitan a informar las circunstancias de un contexto político determinado. Pero, salvo que se incurra en la falacia naturalista de deducir el deber del ser, las circunstancias –to-

(58) *Ibid.*... cit. Pág. 256. José María Alpoim, que estaba huido a Salamanca, se enteró del asesinato en compañía de Unamuno, y gritó: «¡Ya murió el canalla!» RAMOS (2006): 332.

(59) RAMOS (2001).

(60) CARR (1969).

(61) RAMOS (2001): 97. El enfoque de Carr fue respaldado sin reservas por Eric Hobsbawm que recurría también a la teoría del subdesarrollo para explicar la influencia del anarquismo en la política obrera española. V. HOBBSAWM, (1978): 106-120.

das— deben ser analizadas y, en este sentido, como el propio Marx reconocía, han de pasar por la cabeza de los protagonistas históricos. Y esto requiere ideas y conceptos, plasmados en análisis inspiradores de la acción política, los cuales pueden ser coherentes o contradictorios con los fines que se persiguen, sin contar con los resultados no queridos de la acción política o las implicaciones indeseadas de según qué esquemas intelectuales. De esta forma, el fracaso de la Monarquía constitucional portuguesa, junto con las razones políticas abrumadoras antes resumidas, obedece también a un proceso de cambio en la cultura política, que Rui Ramos analiza exhaustivamente, no sólo en lo que tiene de ruptura con el liberalismo de la Monarquía constitucional, sino también en la vertiente de la continuidad radicalizada que muestra el republicanismo con un determinado paradigma liberal de ciudadanía.

Veamos su razonamiento: ¿Qué se perdió con la Monarquía constitucional de la Casa de Braganza que cae, definitivamente, en octubre de 1910 en la persona de Manuel II, luego del asesinato de su padre y de su hermano mayor dos años antes? En mi opinión, la mejor síntesis la ofrece Rui Ramos con su alusión a la sabiduría de los viejos gobernantes liberarles de la Monarquía constitucional, que podría aplicarse al pie de la letra a los de la Restauración española:

«Sabían que la historia tenía un sentido progresivo y que la humanidad sería mejor algún día. Eran optimistas. Estaban el poder para garantizar que el progreso haría su camino tranquilamente. Aguijonear a las masas con demagogia o servirse de consignas y lenguaje de caudillos callejeros, les parecía incompatible con su misión civilizadora» (62).

Ése fue el resultado de la sustitución de la Monarquía liberal por la República radical y regeneradora en Portugal. Sus consecuencias fueron determinantes para la suerte del liberalismo y de la democracia en el país, independientemente de su nivel de renta. El segundo paso que da nuestro autor en el análisis político de los contenidos e implicaciones del cambio de régimen llega al meollo de que lo que hubiera debido suponer la República en Portugal (y en España) para representar una «superación», en sentido hegeliano, de la Monarquía constitucional. La de sustituir el papel de la Corona como poder moderador, fulcro de la alternancia, por ese mismo cometido a cargo del sufragio universal. Dicha sustitución conllevaba a su vez —agrego por mi cuenta— la aceptación por parte de todas las fuerzas políticas del grado de incertidumbre que el sufragio universal multiplica, inevitablemente, con respecto a la alternancia en el poder. Incertidumbre que eliminaba, casi a plazo fijo, el recurso a la regia prerrogativa, al papel moderador de la Corona. Pues bien, la República en Portugal fracasó en punto a democracia (nunca alcanzó el sufragio universal masculino) y, por tanto, careció de un instrumento constitucional capaz de legitimar el relevo pacífico de los gobiernos dentro del régimen.

(62) RAMOS (2001): 102.

Este fracaso contiene, no obstante, un elemento fundamental de continuidad entre la Monarquía y la República, en el caso portugués. Rui Ramos lo explica con su claridad habitual. Aunque entre el 50 y el 60 por ciento de la población adulta masculina portuguesa tenía derecho de voto, los políticos liberales de la Monarquía partían de la inexistencia de un verdadero *povo* en Portugal. Esto es, de un conjunto de «ciudadanos independientes, conscientes de sus deberes y derechos y entregados al bien común» (63). Para Rui Ramos, el hecho de que los republicanos dieran una importancia desmesurada a sus éxitos electorales en Lisboa (el voto «verdad» del que se ufanaban igualmente los republicanos españoles), abundaba en el mismo sentido de menosprecio de la ciudadanía realmente existente, so pretexto de un modelo ideal de ésta. De aquí emerge la conexión fundamental entre ambos regímenes, pero que, con la República, iba a manifestar consecuencias políticas mucho más negativas que el puro ejercicio del «caciquismo» monárquico:

«La población –señala Rui Ramos– era despreciada por los políticos como una marioneta de los caciques y de los demagogos, y completamente dominada por el Estado. No formaba, a ojos de los liberales, una entidad creíble para dirimir las disputas de los políticos. (...) Sin el rey entendido como “poder neutro”, por encima de los partidos, a los políticos sólo les quedaba la guerra civil para dirimir conflictos» (64).

La estrecha conexión entre el «patriotismo cívico de los liberales de la Monarquía y el proyecto de refundación y regeneración republicanas de la nación portuguesa, constituye el motivo central del análisis y la argumentación de *A segunda fundação*, al igual que la naturaleza de la Monarquía constitucional *cosoberana*, lo es del *D. Carlos*. Ese elemento de continuidad venía dado por el desplazamiento de un matiz en la interpretación del significado fundamental del liberalismo. Este último, en lugar de entenderse como «contrato entre sujetos de derechos y un poder soberano», pasaba del terreno de las garantías jurídicas y de las libertades externas, al terreno ideológico de la «identidad colectiva, organizada conforme al rechazo o el distanciamiento respecto de la tradición dinástica y católica de la monarquía anterior a 1820» (65). (Lo que en España co-

(63) RAMOS (2006): 295.

(64) Como complemento a su conceptualización de la Monarquía constitucional, Rui Ramos inserta en su biografía de Carlos I de Braganza el análisis crítico que, por razones opuestas, formularon a este tipo de régimen político, Hans Kelsen y Carl Schmitt. Para Kelsen, la Monarquía constitucional vino a establecer la imbricación implícita de la Corona y del Gobierno, que impedía una total claridad a la hora de imputar la responsabilidad constitucional de la acción del ejecutivo. Al *decisionismo* de Schmitt, la Monarquía constitucional le resultaba particularmente antipática por su ambigüedad, e invariable en la confrontación democrática según la dialéctica de *amigo/enemigo*. No obstante, y por las razones que aduce Rui Ramos, es evidente que esa ambigüedad, unida a su poder arbitral, contribuyó, decisivamente, a hacer posible el orden constitucional en países como Portugal, España o Bélgica. V. RAMOS (2006): 294-295.

(65) En RAMOS (2004b): 548.

rrespondió al planteamiento del partido Progresista y, con significativos matices, del liberalismo fusionista posterior de la Restauración).

De ahí la relativa facilidad con la que se transitó en Portugal de la Monarquía a la República, pues no «es que el republicanismo conquistara la opinión pública portuguesa, sino que las actitudes y las doctrinas del “patriotismo cívico” eran compartidas por los partidos monárquicos». Dado que, como ya ha habido ocasión de señalar, los monárquicos portugueses creían en la continuidad *progresiva* entre Monarquía y República, dentro del constitucionalismo, terminó por ocurrir que la diferencia fundamental entre ellos y los republicanos no era de concepción y práctica del régimen constitucional, ni menos aún, de cuál de las dos fórmulas constitucionales podía garantizar mejor el paso al ejercicio de una democracia estable y segura. Sino que la separación entre ellos quedó reducida a los medios: «todos querían lo mismo [la República], pero unos a través del orden, y otros, a través de la revolución. Unos eran republicanos pacíficos [los monárquicos] y otros republicanos subversivos [los republicanos]» (66).

Estimulados por la crisis intelectual de finales del siglo XIX y comienzos del XX, y con la ayuda inestimable del proceso de autodestrucción de los partidos y políticos monárquicos, los «republicanos subversivos» habían conseguido asentar la idea de que la Monarquía constitucional era el simple residuo de un pasado reaccionario, encadenada al patético espectáculo del «rotativismo», que João Franco denunciara con no menor energía. Pero no se trataba únicamente de justificar la sustitución de la forma de gobierno. El republicanismo portugués seguía firmemente anclado en el valor del individualismo liberal. Pero este individuo, autosuficiente y responsable, para ser dueño de su destino y encontrar un sentido a su existencia, necesitaba una tarea histórica, a cuya realización sirviera el poder político.

Resultaba cada vez más patente la imposibilidad de convertir la ciencia en fuente de certidumbres metafísicas alternativas a la religión, Por otro lado, la base de la educación, constituida durante siglos en Europa por la herencia grecolatina era demasiado cosmopolita. A la vez, el anticlericalismo constituía un elemento de referencia y cohesión de primer orden para el republicanismo y la ideología progresista en general. De modo similar al resto de los países latinos, la cultura de la izquierda estaba obsesionada por destruir toda forma de influencia intelectual y política del catolicismo, pues el catolicismo era la fuente del mayor retraso, en todos los órdenes, de los pueblos latinos frente a los germánicos y anglosajones. Ahora bien, en Portugal como en España o Francia, el partido republicano tendía a configurarse como un movimiento, a su modo, confesional. Una «secta de tipo religioso con gente que quería sustituir el catolicismo oficial por una nueva religión sin dios, «laica», (...), pero con sus rituales y dogmas» (67). De esta forma,

(66) RAMOS (2001): 292.

(67) RAMOS (2001): 295.

en el medio regeneracionista, dominado por el republicanismo, surgió la que Rui Ramos denomina «teoría del enraizamiento».

«Esta teoría –explica– (...) postulaba la necesidad para el individuo de situarse dentro de un medio homogéneo y armónico, dentro de una “cultura”, que únicamente podía ser nacional, porque sólo las naciones modernas están en contacto con la tierra y la vida (...). Lo característico de la época –añade– es que todos los problemas, por más íntimos que fuesen, aparecían encuadrados en términos de País. (...) Portugal tornábase un estado psicológico, una actitud». Pero, concluye, faltaba «un movimiento que, a través de la movilización general de la población, y no ya como novelas para las clases medias, diese a la cultura la posibilidad de realizarse utilizando el aparato del Estado como instrumento y la comunidad política como marco (68)».

Eso era lo que llegaba a la vida portuguesa en forma de República. Ésta es para Rui Ramos la clave del cambio político. Y en este proyecto están contenidos los principales rasgos del nuevo régimen, tanto como algunas de las características principales de su evolución y fracaso.

4.1. «El país es para todos, pero el estado es para los republicanos» (69)

El enclenque golpe militar republicano, de 5 de octubre de 1910, que derrocó la Monarquía constitucional, triunfó porque el gobierno de ésta, encabezado por Teixeira de Sousa, no encontró defensores. El nuevo Rey Manuel II, que contaba veinte años, había optado, conforme al consejo de su madre la reina Amelia, por inhibirse de las luchas de partido. La Corona dejó así de servir de referencia y elemento de moderación de las luchas políticas y se volvió imprevisible, con lo que la fragmentación de los antiguos partidos constitucionales se profundizó y, con ella, la confusión y la debilidad políticas del régimen. La obsecuencia hacia los republicanos de los últimos gobiernos de la Monarquía llegó, por otra parte, a tal extremo, que la Corona se desprestigió completamente. Al mismo tiempo, surgió una nueva polarización en la vida política entre la izquierda y la derecha, una polarización basada en el miedo y la desconfianza recíprocos, muy alejada de la vieja rivalidad entre regeneradores y progresistas (70).

«El país vivía en el caos al final del verano de 1910 –resume Rui Ramos–. Conspiraban los republicanos y los conservadores. Los obreros hacían huelgas. La clase media estaba indignada con el escándalo del Crédito Inmobiliario (71)».

(68) RAMOS (2001): 287.

(69) RAMOS (2001): 377.

(70) RAMOS (2001): 309. Un exhaustivo análisis de los dos últimos años de existencia de la Monarquía y las causas de su disolución, así como de la inanidad de golpe republicano y de la todavía más débil defensa del gobierno de la Monarquía, en las páginas 301 a 347.

(71) Banco en quiebra, que había sido dirigido por los dos últimos líderes de los partidos constitucionales de la Monarquía, el regenerador Hintze Ribeiro y el progresista José Luciano de Castro. Ramos (2001): 324-325.

Por tanto, la República triunfó, ante todo, «porque vino a llenar un vacío». Con todo, añade nuestro autor, la «revolución popular fue falsa. La forma de gobierno nunca se sometió a votación». Es más, el nuevo régimen no consiguió restablecer la tranquilidad pública, pues «en lugar de surgir de la revolución popular, fue la proclamación de la República lo que dio origen a la revolución popular» (72).

El modelo político de la República en Portugal fue el de la Tercera República francesa. La Asamblea de la República era indisoluble y se elegía y reunía con plazos automáticos, cada tres años, y sin necesidad de ser convocada. La Asamblea podía destituir al Presidente del Gobierno, aunque no a sus ministros. Pese a las tendencias radicales partidarias de un régimen de convención, se eligieron también un Presidente de la República, puramente moderador, sin otra facultad que nombrar al gobierno y llevar a cabo las consultas para formarlo, y a un Senado con derecho de veto, que podía ser levantado mediante la reunión conjunta de ambas cámaras. Este Congreso de la República servía también para elegir al Presidente. El mandato de los senadores duraba el doble que el de los diputados (73).

Los elementos de estabilidad del nuevo régimen se limitaron a su capacidad para conservar en sus puestos al funcionariado heredado de la Monarquía y a conseguir que los mismos *influentes* (74) siguieran ejerciendo su tarea de proporcionar al gobierno de Lisboa la mayoría electoral necesaria. «Por eso había más votos para el Partido Democrático [nuevo nombre del histórico Partido Republicano Portugués] en la católica Braga, que en Lisboa. Por eso estaban más concurridas las procesiones cívicas en provincias que en la capital» (75).

Pese a la introducción para las circunscripciones de las grandes ciudades de Lisboa y Oporto del sistema proporcional con la regla d'Hont y el método de mayoría limitada en el resto de centros urbanos, la República no se limitó a conservar y utilizar a los *influentes*. Expulsó a los analfabetos de las listas electorales y el cuerpo electoral cayó de los 951.490 varones adultos, de 1890, a los 471.557, de 1915. «La República, fuera de Lisboa, decidió no contar con la población», remacha Rui Ramos. Había triunfado, pues, el nuevo régimen, pero no el sufragio universal ni, por tanto, la democracia (76).

Las razones para esta progresiva disminución de la base electoral de las instituciones representativas ponían de manifiesto las contradicciones del planteamiento y la acción política de los republicanos. La República no era el fruto de ningún cambio social o económico significativo, como no fuera del empo-

(72) RAMOS (2001): 291 y 379

(73) RAMOS (2001): 419.

(74) RAMOS (2001): 401.

(75) RAMOS (2001): 408 y 420.

(76) RAMOS (2001): 107 y 422. En RAMOS (2004a): 210-211, Rui Ramos puntualiza que: «En términos relativos, la evolución fue todavía más grave: en 1908, votaron el 32,9% de los hombres mayores de 21 años: en 1925, el 14,2%».

brecimiento relativo del país en el cambio de siglo, respecto de otros países europeos. Su estructura social se mantenía la misma. La población seguía dispersa en pequeños pueblos y aldeas, ocupada en la agricultura. Las pautas de su comportamiento político, y sobre todo electoral, ya descritas por Rui Ramos en la Monarquía, no experimentaron cambios.

Sin embargo, la restricción de la base electoral introducida por la República, indicaba que los partidos republicanos, en tanto redes clientelares y organizaciones movilizadoras del voto, eran más débiles que los antiguos partidos monárquicos. Sólo el partido Democrático contaba con una red organizativa que abarcara el conjunto del país. Una red que era de clientelas en provincias y de agitación violenta y presión callejera en Lisboa. Los otros dos grupos que se formaron al comienzo de la República, el de la Unión Nacional, de Brito Camacho (con influencia en el sur), y el Evolucionista, escindido del anterior, encabezado por Antonio José de Almeida (con influencia en el norte), podían aspirar a disputarles a los demócratas la mayoría en el Senado o la Presidencia de la República. Pero, ni remotamente, el control de la Asamblea, que era la máxima instancia de la legitimidad republicana. Unionistas y evolucionistas permanecieron siempre, por otra parte, enfeudados a la hegemonía del Partido Democrático, bien como aliados de los gobiernos o de las mayorías de éste (los unionistas hasta 1916, los evolucionistas después), bien como oposición tolerada (77). De esta forma, «al menos dos tercios del parlamento estaban garantizados para el partido del gobierno. Ese partido fue casi siempre el Partido Republicano Portugués, conocido como Demócrata». Lo que significaba esa dominación, encabezada por el político más destacado del proyecto republicano originario, Afonso Costa, lo cuantifica así Rui Ramos:

«En las elecciones generales de 13 de junio de 1915, los demócratas (PRP) de Afonso Costa obtuvieron el 56% de los votos, equivalentes al 38% del censo electoral. De haber existido sufragio universal masculino, hubiera sido el 12% del censo» (78).

La debilidad política y organizativa que esta situación reflejaba sólo llamó a la prudencia a los grupos republicanos menores. Los demócratas mostraron, por el contrario, una reiterada tendencia a saltar sobre su propia sombra, y recurrir al radicalismo para ocultar la fragilidad republicana. Su inclinación hacia los métodos expeditivos y aun violentos, empezaba por los propios republicanos. Hasta el punto de que nuestro autor habla de «las guerras de la República» y de la «selva republicana» (79). Las expectativas alimentadas por los grupos de la izquierda de la Monarquía (los de Alpoim y de Teixeira de Sousa) de integrarse en el nuevo régimen como ala derecha, nunca se materializaron. Se impuso un remedo del modelo francés de «bloque republicano» que, en el caso

(77) RAMOS (2001): 406-407.

(78) RAMOS (2001): 429.

(79) RAMOS (2001): 401.

portugués, no hacía referencia tanto al propio régimen político, cuanto a la primacía del antiguo PRP, luego Demócrata (80). Los hechos demostrarían que toda situación política que alterase o desafiara dicha primacía, desembocaba en un nuevo golpe de estado.

La máxima expresión de esta radicalidad correspondió a la faceta anticlerical de la cultura republicana. Rui Ramos nos recuerda el punto de partida: la «Masonería, el PRP y las organizaciones libre-pensadoras eran, en 1910, tres facetas del mismo movimiento». Hasta el punto de parecer que «la República significaba la iniciación en masa de toda la sociedad» (81). Los republicanos habían descubierto que la iglesia católica representaba un poder extranjero que no pensaba reconocer. A lo sumo, conforme a la Ley de Separación de 1911, el catolicismo podía aspirar al status de un «culto doméstico», para cuyo sostenimiento y el de los sacerdotes, los católicos portugueses podían asociarse (bajo la vigilancia, eso sí, de supervisores republicanos de confianza). La República les prestaría con ese fin las iglesias, que quedaron nacionalizadas. La enseñanza religiosa quedó prohibida en las escasas escuelas públicas (que, como el sufragio, tampoco aumentaron en número bajo la República); se hizo obligatorio el registro civil y se legisló el divorcio (82). La República «trató de instaurar un culto propio y oficial, que era el de la patria, a base de símbolos nacionales, himno y bandera, y muertos ilustres» (83).

Gracias al celo del anticlericalismo republicano, se consiguió que la respuesta a este estado de excepción para la iglesia fuera la reconstrucción y progresiva influencia del clero regular y una creciente hostilidad de los católicos hacia el régimen que había institucionalizado su iglesia como enemiga oficial (84).

¿Significaba este anticlericalismo la renuncia por parte de los republicanos a una política de atracción e integración de sectores de opinión indiferentes o ajenos? No exactamente. En el caso de los Unionistas y Evolucionistas, su conservadurismo consistía en «creer que se podían republicanizar a “gente conservadora”, a los «buenos ciudadanos, honestos, trabajadores y pacíficos, con los

(80) RAMOS (2001): 406-407.

(81) RAMOS (2001): 359.

(82) RAMOS (2001): 355-356. Las razones financieras y doctrinales para el fracaso de la escuela primaria republicana, en págs. 541-542.

(83) RAMOS (2001): 350. «La bandera constitucional de la Monarquía, blanca y azul, fue sustituida por la del PRP, roja (virilidad) y verde (color recomendado por Comte). La República reivindicó los descubrimientos y las conquistas, pero rechazó todo lo demás de la historia de Portugal como «decadente». Págs. 368-369.

(84) RAMOS (2001): 398. Las fuerzas políticas, más que nada potenciales con anterioridad a 1917, situadas extramuros del círculo de los grupos republicanos Demócrata, Unionista y Evolucionista eran, por definición, «monárquicas». Lo que no impedía el nulo arraigo y generalizado menosprecio hacia el último Rey constitucional, no sólo en la izquierda, sino también por parte de una derecha en ruptura acelerada con el pasado liberal del país. RAMOS (2001): 364.

cuales esperaban [por cierto] formar una mayoría contra los demócratas» (85). Esto es, los republicanos no preguntaban a nadie, en principio, de dónde venía, pero nada era posible en la política del régimen sin adoptar su credo:

«Lo que no admitían (...) era que hubiese gente con ideas diferentes sobre cómo debían vivir y ser gobernados los portugueses y dispuestos a defenderlas. Pero nunca prohibieron a nadie adoptar las opiniones consagradas por el Partido Republicano e incluso afilarse. Ésta era su concepción de la libertad y de la tolerancia» (86).

4.2. *División y ruptura de la élite republicana*

Aunque menos conocido y dramatizado que el ultimátum inglés de 1890, el sangriento episodio de la participación de Portugal en la Guerra Europea tuvo consecuencias políticas tan negativas para la República, como pudiera tenerlas el ultimátum para la Monarquía. Ir o no al frente en apoyo de los aliados dividió a los republicanos (87). El Reino Unido deseaba que Portugal le secundara sin involucrarse en el conflicto. No consideraba de interés lo que Portugal y sus colonias podían aportar al bando aliado. Pero Costa estimaba que aquélla era la ocasión para poner en marcha una política de *union sacrée*, que estabilizara definitivamente a la República bajo la hegemonía de los demócratas. Es más, creía que sólo la participación evitaría que Portugal y sus colonias se convirtieran en moneda de cambio en una futura negociación de paz entre Inglaterra y Alemania (88). Francia, por su parte, mostró interés por la ayuda militar portuguesa ese mismo año. Portugal envió al frente occidental cañones, pero no hombres. Los soldados portugueses aparecieron, sin embargo, tras la declaración de guerra de Alemania a Portugal, el 9 de marzo de 1916. Hubo así un Cuerpo Expedicionario Portugués (CEP) en las trincheras francesas. La mala fortuna hizo que ese CEP sufriera de lleno las tremendas ofensivas alemanas de la primavera de 1918. Casi un cuarenta por ciento de los efectivos portugueses (más de siete mil soldados y por encima de los trescientos oficiales) perecieron en la ofensiva del río Lys, fronterizo entre Francia y Bélgica. Los soldados portugueses sobrevivientes pasaron bajo mando británico, que los utilizaron para

(85) RAMOS (2001): 425-426. Hay que decir que Afonso Costa había utilizado la radicalidad anticlerical como forma de imponerse a sus rivales republicanos, incluidos compañeros de partido como Bernardino Machado, que trataron de suavizar, en vano, la ley de Separación de 1911.

(86) RAMOS (2001): 408. El autor glosa las palabras de un funcionario del ministerio de Exteriores, en 1920.

(87) Afonso Costa se mostró decidido partidario; Brito Camacho, por los Unionistas, rechazó la intervención, mientras Antonio José de Almeida se mostró indeciso.

(88) Portugal le declaró la guerra al Imperio alemán el 10 de octubre de 1914 y ésta comenzó, efectivamente, en el sur de Angola y el norte de Mozambique. Alemania optó por pedir la paz en África a Portugal.

cavar trincheras. Cuando se intentó que las ocuparan, se rebelaron y fueron amenazados con ametralladoras. Los oficiales que partían de permiso a Portugal no se reincorporaban a sus puestos.

«Los líderes republicanos no consiguieron nunca cambiar la impresión de que la República portuguesa, aunque al lado de los aliados, iba a acabar la guerra con los derrotados» (89).

Fue también durante la guerra cuando se abrieron las primeras grietas serias en el edificio del régimen republicano. Éstas aparecían relacionadas con los dos problemas políticos que terminaron por determinar la *transvaloración* de la República entre 1926 y 1932. La crisis del liderazgo de Afonso Costa en el Partido Democrático y el comienzo de las divisiones internas de este partido, por una parte, y el continuo fracaso en conseguir una alternancia en el poder entre el partido hegemónico de la República y los sectores republicanos moderados, por otra. La contienda política se dirimió mediante golpes militares minoritarios, que se imponían a gobiernos incapaces de defenderse, mientras el grueso del ejército permanecía inhibido y en posiciones predominantemente tecnocráticas (90). Y es que, escribe Rui Ramos:

«Los líderes republicanos estaban en contacto con sociedades secretas, clubes populares y oficiales del ejército. Bajo la República, los tumultos, las bombas, los tiros y los rumores de conspiración se convirtieron en peldaños del poder» (91).

De ahí que el problema esencial de la República, para Rui Ramos, fuera el del sacrificio continuo de la legalidad en el altar de la legitimidad revolucionaria y sus prácticas violentas.

Dos episodios significativos se produjeron durante el conflicto europeo en la dirección apuntada. Uno fue el pronunciamiento que llevó al gobierno al general Pimenta de Castro, el 25 de enero de 1915, apoyado por los grupos republicanos de los Unionistas y los Evolucionistas, e incluso «monárquicos» (esto es, derecha antiliberal). A los cuatro meses, los demócratas organizaron una insurrección militar y civil que los devolvió el poder. Las elecciones generales de junio, les dieron una amplia mayoría parlamentaria, que, con una única excepción en julio de 1921, revalidarían en enero de 1922, y así hasta las últimas elecciones de noviembre de 1925. Pero durante la República, las elecciones siguieron funcionando como la ratificación de quien tenía el poder, no como el medio exclusivo de llegar a él. Es más, como señala

(89) RAMOS (2001): 458.

(90) Rui Ramos analiza la evolución contemporánea del ejército y la marina y sus posiciones políticas en torno a 1910 en RAMOS (2001): 327-329. Sobre su evolución durante la República, hasta 1930. *Ibíd.* Págs. 564-565. También, para la etapa republicana, en RAMOS (2004a): 239-241.

(91) «(...) el régimen republicano adolecía de un problema de *legalidad*: de incapacidad para asegurar que las acciones del poder discurrieran a través de la ley en los límites de la ley.» En RAMOS (2004a): 217.

nuestro autor, el porcentaje de electores había descendido, por esos años, al nivel de 1860 (92).

El segundo episodio consistió en un nuevo golpe, que, en diciembre de 1917, aupó a la cabeza del ejecutivo a otro militar, Sidónio Pais. Pais apartó del poder a un Costa debilitado (que se exilió a Francia) y un Partido Democrático dividido. Su objetivo fue refundar la República sobre bases presidencialistas y semi-corporativas. La presidencia de Sidónio Pais reflejó el primer impacto político de un cambio de ideas en los círculos intelectuales; sobre todo respecto al anticlericalismo. A medida que aumentaba la hostilidad del Presidente Sidónio Pais (que acumuló las jefaturas del gobierno y del Estado) hacia el parlamentarismo y los partidos políticos, todo el mundo esperaba un atentado que pusiera fin al sidonismo. Y, efectivamente, Pais fue asesinado en la estación de Rossio de Lisboa, en diciembre de ese año, por un grupo de oficiales convencidos de que se proponía restaurar la Monarquía (93).

Entre los años de 1919 y 1923, bajo la presidencia de Antonio José de Almeida, los partidos republicanos, conscientes de la necesidad de alcanzar la estabilidad política, intentaron que la figura presidencial, reforzada con la facultad de disolver las Cámaras, arbitrara el acceso pacífico de los republicanos conservadores al poder. Pero la tentativa fracasó y los conservadores fueron incapaces de formar gobiernos estables y duraderos, pese a la fusión en un solo partido, el Liberal, de Unionistas y Evolucionistas, en el otoño de 1919 (94). No todo el Partido Demócrata estaba dispuesto a compartir el poder y, cuando unas elecciones dieron la mayoría al Partido Liberal, un golpe disolvió el parlamento. Ése fue el significado del golpe de la Guardia Nacional Republicana, un ejército paralelo, concentrado en Lisboa, contra el gobierno moderado de Antonio Granjo, en octubre de 1921. Éste no sólo fue depuesto, sino asesinado a tiros y bayonetazos en un barracón de la armada. Sin embargo, el giro político radical que se buscaba con esta iniciativa brutal no cuajó. A trancas y barrancas, con el apoyo del Presidente Almeida, el gobierno de Cunha Leal, en 1921 y, definitivamente, el de Antonio María da Silva, en 1922, consiguieron desarmar a la GNR y sacarla de la capital. El fracaso de los gobiernos conservadores contribuyó sin duda a reafirmar la idea de tiempos de Sidónio Pais: sólo otro tipo de República podría acabar con la hegemonía de los demócratas y asegurar el poder de los conservadores.

A la anterior situación política había que añadir la nueva y profunda crisis financiera, traducida esta vez en forma de inflación galopante. Aunque entre 1918 y 1926, el PIB creció un 3,9% al año, la inflación llegó al 148% en 1921, aunque había descendido al 13% anual en 1925. La participación en la contienda europea había arruinado las finanzas portuguesas. A falta de crédito exterior,

(92) RAMOS (2001): 458.

(93) RAMOS (2001): 526.

(94) Entre 1920 y 1921 hubo catorce gobiernos, con una duración media de dos meses.

el déficit se financió con la pignoración de la deuda pública. Había que pagar el aumento, entre otros gastos, del funcionariado, incluidos los profesores de los distintos niveles educativos, así como los primeros y tímidos esbozos de políticas públicas. Aun así, y como ya había ocurrido con Afonso Costa en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial, la estabilización financiera de la República se consideró una tarea prioritaria y piedra de toque de la *respetabilidad* a que, pese a todo, aspiraban las fuerzas republicanas y en concreto los demócratas. Sin embargo, fue este afán por la *respetabilidad* política y la ortodoxia financiera lo que terminó por dividirlos irremediablemente (95).

Este proceso tuvo lugar entre 1923 y 1925, bajo la presidencia de Teixeira Gomes. Antonio María da Silva, un veterano del PRP, que había sabido desenvolverse con gran habilidad en las luchas internas del PRP apareció como el heredero de Costa, capaz de imprimir un rumbo moderado al Partido Demócrata.

«Silva encabezaba una especie de mal definido centro político, un frágil entendimiento entre gente que estaba decidida, por un lado, a resistir al comunismo, y determinada, por otro, a mantener distancias en relación al *Integralismo* de la derecha, llamada *monárquica*» (96).

Frente a él surgió la escisión de la Izquierda Democrática, cuyo líder era José Domingues dos Santos. El ala izquierda del PRP/Demócratas aspiraba a gobernar con una mezcla extraña de autoritarismo tecnocrático y giro obrerista. Santos parecía decidido también a sustituir a la iglesia por los ricos en el puesto de enemigos viscerales de la República. Su baza para alcanzar el gobierno no eran los votos, sino el apoyo presidencial. Pero ese soporte siguió produciendo ejecutivos efímeros, y los de Domingues dos Santos, entre 1923 y 1925, apenas sobrevivieron meses. El reconocimiento de la URSS quedó como una de sus principales aportaciones. La respuesta desde el sindicalismo dominante en el obrerismo portugués (medio del que emergería el PCP) no fue alentadora. 1923 vio surgir el terrorismo de la *Legião Vermelha*, mientras que las Juventudes Sindicalistas también recurrían al bombazo para apoyar las huelgas: más de 200 artefactos explotaron ese año en Lisboa. La respuesta de la República fue contundente. Hubo un tribunal especial, juicios sumarios y se castigó el terrorismo con deportaciones a Ultramar. La confrontación no cesaría hasta 1925 (97).

Silva y su política de moderación, a juzgar por los resultados de las elecciones generales de noviembre de 1925, consiguieron una victoria inequívoca sobre sus adversarios de izquierda y derecha (98). Aquél se aprestó a gober-

(95) RAMOS (2001): 519 y 543.

(96) RAMOS (2001): 559-560.

(97) RAMOS (2001): 549-550.

(98) Mientras la Izquierda Democrática pasó de los veinte escaños con los que se había escindido de la mayoría demócrata en 1922, a sólo seis, Silva alcanzó el 51 por ciento de los votos y 83 escaños. Los republicanos conservadores, ahora integrantes del Partido Nacionalista Republicano, heredero del Liberal (un cambio de nombre muy significativo, por cierto) subieron discretamente de 33 a 36 escaños. En el Senado, los resultados fueron aun más netos a favor de Silva.

nar con un programa de paz con la iglesia, presupuesto equilibrado, liquidación definitiva de la inflación y represión de la agitación sindicalista y comunista. Por eso, no le encontró fundamento al golpe militar que lo derribó en 1926. Sin embargo, el golpe fue jaleado a izquierda y derecha, por todas las fuerzas políticas derrotadas en las elecciones del año anterior (99). ¿Qué había ocurrido?

4.3. *Integralistas y Seara Nova*

Rui Ramos vuelve a otorgar una importancia central a los cambios en la cultura política de los núcleos intelectuales que más podían influir sobre los políticos. Y es evidente que el denominado *Integralismo lusitano* (1913) y los planteamientos de su exponente más destacado, Antonio Sardinha (muerto en 1925, a los treinta y siete años) y de la revista que canalizó las ideas integristas, *Nação Portuguesa* (1914), anticiparon los rasgos básicos de la futura *transvaloración* (en sentido nietzschiano) que la República habría de revestir en poco más de una década.

[Su] «base de partida, señala Rui Ramos, era la doctrina cívica y regeneradora del republicanismo, que la lectura de los autores de *L'Action française* moldeó en su forma, pero no cambió en su fondo (100).

Esta referencia a un fondo de continuidad, entre el radicalismo republicano y el integrismo portugués, constituye una precisión importante para entender la significación de la llamada crisis de la República. En principio, parecía que los integristas habían cambiado radicalmente la fundamentación de su discurso político. Aceptaron la crítica de la ciencia y, especialmente del positivismo, y adoptaron con entusiasmo el intuicionismo de Bergson y la filosofía de la voluntad de poder de Nietzsche y su mutación de valores o transvaloración. Desde una concepción estética y arbitraria de la política, en ésta «podía ocurrir de todo: volver a la monarquía absoluta católica, instaurarse el socialismo, etc. Y lo que se había vuelto insoportable para Sardinha y sus integristas era el parlamentarismo y la pretensión de descatolizar Portugal. Pasó a pretender una república que «reconociere en la tradición monárquica y católica el encuadramiento de la vida cívica» (101). A esto le añadían la refundación de las instituciones representativas sobre bases municipalistas y corporativas y el paso al presidencialismo.

Ocho años más tarde, al *Integralismo Lusitano* le surgió un competidor por la izquierda en la revista *Seara Nova* [nueva siembra], también contradictoria en sus referencias y valores. Racionalistas, al contrario de los integristas, re-

(99) RAMOS (2001): 561.

(100) RAMOS (2001): 476.

(101) RAMOS (2001): 478.

chazaban la primacía bergsoniana de la intuición sobre la razón, pero compartían la crítica de la ciencia y de la metafísica positivista del filósofo francés. Hacían del autogobierno racional la nota indispensable del individuo libre y el fundamento de la sociedad libre, pero, Raúl Proença –su principal mentor junto a António Sérgio– estimaba, en la mejor tradición republicana, que la libertad estaba justificada sólo para la élite, cuyos integrantes eran capaces de ejercer el autocontrol, no para las masas ignorantes. Así las cosas, ¿cómo entender también que, según el mismo Proença, «la democracia [fuera] la insurrección de la razón contra la naturaleza, de los principios contra los hechos»? (102). Si se tiene en cuenta, por otra parte, que António Sérgio había sido sidonista entusiasta en 1918, lo contradictorio de las posiciones de este núcleo selecto de la intelectualidad de izquierdas se puso de manifiesto en sus intentos de aproximación al obrerismo. El grupo *Seara Nova* fue mentor y aun colaboró en alguno de los gobiernos de José Domingues dos Santos, entre 1923 y 1925. No obstante, el encuentro con los cuadros del obrerismo sindicalista fue decepcionante para estos intelectuales de izquierda, con vínculos más estrechos, en realidad, con el *integralismo* que con la lucha de clases. Por eso encontraron infantil y atrasado su positivismo, su culto a la ciencia y, en particular, su internacionalismo.

«Parecían hombres prehistóricos que continuaban leyendo a Zola y a Nordau, la basura darwinista del siglo XIX en “volúmenes baratos”» (103).

Rui Ramos rechaza que la intelectualidad portuguesa se hubiera polarizado en los términos de bolchevismo y fascismo. Para él, lo esencial no se encuentra en la contraposición política de *integralistas* y *searistas*, sino en las constantes profundas que hacían converger sobre un patrón común, las principales corrientes de la vida intelectual portuguesa desde 1890. Entre ese año y 1910, los republicanos del «patriotismo cívico» habían falsificado la naturaleza de la Monarquía constitucional, convertida en un espantajo absolutista dominada por el clero y los reaccionarios, como si el Portugal del siglo XIX no hubiera existido y como si el republicanismo *cívico* y su teoría del *arraigo*, no fueran una radicalización intolerante del ideal de ciudadanía del liberalismo monárquico. Tanto *integralistas* como *searistas* participaban de la *invención de Portugal* que había tenido lugar con el cambio de régimen. Es decir, ambos eran por encima de otras cosas, nacionalistas de nuevo tipo. Defensores de que el Estado se convirtiera en el instrumento impositor de un concepto nuevo de la patria portuguesa, cuyo eje cultural dejaba de ser la cultura clásica común a la élite europea, para verse sustituida por la reconstrucción artificiosa «de las tradiciones, las costumbres y la obras de arte características o producidas por los naturales del país. Era sin duda –añade Rui Ramos– la mayor revolución

(102) RAMOS (2001): 482.

(103) RAMOS (2001): 489.

cultural desde el Renacimiento del siglo xv y así lo entendieron los contemporáneos (104).

Para unos y otros, la personalidad auténtica de Portugal había sido deformada y aun absorbida y aniquilada por influencias extranjeras nefastas. Para los *integralistas*, la de los masones que constituían la columna vertebral de los republicanos. Para éstos, la de los jesuitas y, en general, la de la iglesia católica, salvo que el catolicismo pudiera traducirse en un cristianismo primitivo, portador de una fraternidad universal (105). Pero el «esqueleto de estas dos narrativas era básicamente el mismo» (...):

«El llamado *integralismo* monárquico era una ideología alternativa al republicanismo de izquierda, pero que utilizaba los mismos elementos, los mismo procesos mentales y ahondaba en la misma fuente: la cultura del patriotismo cívico. / (...) En lugar de un jefe iluminado [los de *Seara Nova*] preferían varios, bajo la forma de técnicos competentes y patriotas. (...) Todos querían [“la dictadura de la reforma o el gobierno nacional extraordinario”] (...) la reconciliación nacional, gobiernos competentes, orden público y el fin del fraccionalismo político (106)».

Había un interés de grupo al que estas ideas trataban de dar forma y hacer influyente. Con la República, se había incrementado considerablemente el número de funcionarios en general y el de profesores en particular. En los primeros treinta años del siglo, esa cantidad se dobló, de quince a treinta mil funcionarios, nos recuerda Rui Ramos. Pero el proceso de integración en el Estado de bachilleres y licenciados no era lo suficientemente rápido, de modo que el sentimiento de inseguridad se combatía con la exigencia de reglamentar las profesiones y restringir el acceso a las diferentes ramas del Estado empleador (107). A esto debe añadirse que la República fue obra y estuvo gobernada por una élite de profesionales surgida de un reducido número de Facultades y Escuelas Superiores, cuyos integrantes no tenían dudas de su derecho a dirigir el país. Su impaciencia fue creciendo a medida que su condición de élite gobernante se veía amenazada por la demagogia de la movilización republicana y el estado permanente de ilegalidad, inestabilidad e ineficacia que generaba (108).

Llegados a este punto, nada puede añadirse, en mi opinión, al modo tan nítido como sencillo con el que Rui Ramos sintetiza el fracaso de la Primera República portuguesa:

«De hecho, la mayor parte de las dificultades políticas de la República en la década de 1920 no provenían de la crisis de la fórmula democrático liberal, sino precisamente de las dificultades para efectuar la transición a esa fórmula» (109).

(104) RAMOS (2001): 517.

(105) RAMOS (2001): 567.

(106) RAMOS (2001): 568.

(107) RAMOS (2001): 473.

(108) RAMOS (2001): 431.

(109) RAMOS (2001): 245.

5. LA DEMOCRACIA DERROTA A LA REVOLUCIÓN

Pese a estar dedicados a la actualidad política, los artículos recogidos en *Outra Opinião* no pierden su carácter fundamentalmente historiográfico (110). Es la perspectiva histórica la que permite a Rui Ramos eludir la ideología y el partidismo, al tiempo que alimenta una visión realista y escéptica de la política portuguesa de hoy.

Aunque resulte habitual considerar asimilables ambas dictaduras peninsulares, la franquista y la salazarista, esta última no fue el resultado de una guerra civil y tampoco marcó una ruptura tan radical con el pasado liberal y constitucional del país, como ocurrió con el franquismo en España. Salazar fue consciente de que, tras un siglo de liberalismo, era imposible establecer una monarquía como la ambicionada por los integristas lusitanos. La forma republicana de gobierno, incluida la separación de la Iglesia y del Estado, no tuvo marcha atrás. Nadie se planteaba la vuelta a la monarquía constitucional, que continuaba sumida en el más absoluto menosprecio de la izquierda y la derecha. Al mismo tiempo, Salazar «nunca pudo aceptar –según Rui Ramos– aquello que verdaderamente distinguía al fascismo: la sumisión del Estado al movimiento fascista» (111).

Pero el hecho de que el salazarismo consistiera, en lo esencial, en la versión autoritaria de derechas de la Primera República, y mantuviera con ella una cierta continuidad no significó, sin embargo, mayores posibilidades para una transición democrática después de 1945. Amplios sectores de la opinión temían la guerra civil si retornaba la libertad política. Por otra parte, con el inicio de la descolonización, Salazar encontró en la defensa a ultranza de las posesiones portuguesas de Ultramar, el argumento idóneo para bloquear toda apertura democrática del régimen. La izquierda, históricamente, nunca había vinculado su causa a la emancipación de las colonias. Al contrario, su conservación fue para ella piedra de toque del grado de patriotismo y de la capacidad de grandeza de las fuerzas políticas en confrontación.

Salazar fue sustituido por Caetano en 1968, cuando el proceso de descolonización en África avanzaba con carácter general. Este último trató de combinar una apertura política ambigua y harto limitada en la metrópoli, con el mantenimiento del esfuerzo bélico en Ultramar, pero ahora, no para mantenerlo unido a la metrópoli contra viento y marea, sino con el propósito forjar países viables, que no cayeran bajo el control de las guerrillas de inspiración marxista. Iniciada la Revolución del 25 de abril de 1974, el general Spínola, nuevo Presidente provisional de la República, dio un carácter inmediato al proyecto de Caetano, y dedicó todo su esfuerzo político a tratar de cumplir su compromiso de honor: garantizar que las colonias portuguesas se independizaran en un plazo inmedia-

(110) RAMOS (2004c).

(111) RAMOS (2004c):42-43.

to, pero con plenas garantías de libertad y pluralismo, conforme a un plan concordado con las Naciones Unidas. Por último, el MFA (Movimiento de las Fuerzas Armadas) (112) había acabado por asimilar la mentalidad y proclividades ideológicas de las guerrillas que combatían. De este modo se desembocó en una situación que negaba tanto el colonialismo como la *democracia burguesa*. Y eso fue así, porque, según Rui Ramos, al «contrario de lo que dice la leyenda, la perspectiva de un “colapso militar” en Ultramar no fue la causa del 25 de abril, sino su consecuencia» (113).

El MFA se veía confrontado no tanto con la necesidad, ya asumida, de descolonizar, sino con la pretensión de su mayoría a la izquierda, de proceder en beneficio de una parte de los colonizados en conflicto civil con otros. La situación en el África portuguesa venía caracterizada por haber...

«más africanos combatiendo del lado portugués que de los partidos armados. El 42% de los efectivos del ejército portugués en 1973, esto es 61.000 soldados, eran de reclutamiento local». Lo que tenía lugar, en realidad, era «una guerra civil entre africanos con participación portuguesa» (114).

Eso explica la rápida eliminación de Spínola, cuando éste se empeñó en que fueran las urnas y no las balas las que decidieran políticamente esa guerra civil entre africanos. De ahí vino también la conocida alianza *Povo-MFA*, que fue el motor del cambio político portugués en los dos primeros años de la «Revolución de los claveles». Los posibles aliados liberales y de la izquierda moderada de Spínola encontraron demasiado costoso enfrentarse con el PCP por la causa de una autodeterminación con garantías en África. Mientras, el grueso de los capitanes integrantes del MFA entendió con toda claridad que únicamente en alianza con la izquierda sería posible «pintar las dictaduras sanguinarias y corruptas del PAIGC o del FRELIMO como una «liberación», o bautizar de «descolonización» la ocupación de Angola por un ejército expedicionario cubano» (115).

El condicionamiento político instado por la descolonización hizo así que, recién recuperada la libertad del 25 de abril, los portugueses no se vieran confrontados a la necesidad de construir –aunque con retraso– una democracia liberal más, sino ante el riesgo de sustituir la dictadura salazarista por una versión de izquierdas de esa misma dictadura (116). El PCP había elaborado y administrado políticamente durante años una versión portuguesa del *antifascismo*, tan equívoca y ambigua como todas las demás versiones europeas, pero eficaz

(112) El MFA estaba integrado por capitanes de compañía, que llevaban el peso fundamental del conflicto en Ultramar, y que, desde finales de 1973, constituían una estructura secreta dentro de un ejército cada vez menos controlado por los generales.

(113) RAMOS (2004c): 81.

(114) RAMOS (2004c): 84-85.

(115) RAMOS (2004c): 84. [PAIGC: Partido Africano por la Independencia de Guinea y Cabo Verde. FRELIMO: Frente de Liberación de Mozambique.]

(116) En el caso de los salazaristas la democracia era buena siempre que fuera «orgánica»; en el caso de los revolucionarios, «socialista» o «revolucionaria». RAMOS (2004c):118.

como en Francia, en Italia o en España, para disuadir la aparición de una izquierda moderada y encerrar a la derecha dentro del oprobio imborrable de su pasado fascista.

Distintos factores impidieron, sin embargo, que el proyecto del PCP de llevar a Portugal del salazarismo al estalinismo de la mano del MFA, llegara a imponerse. De la primavera de 1974 al verano del año siguiente, los riesgos de que la «anarquía violenta» subsiguiente al 25 de abril se convirtiera en una dictadura político-militar más o menos abiertamente comunista fueron graves (117). Sobre todo a la vista de serias violaciones de las libertades fundamentales que quedaron impunes. Sin embargo, las pretensiones de hegemonía de un PCP encontraron la resistencia desestabilizadora de los elementos ultraizquierdistas, fuertes entre parte de los militares y los estudiantes universitarios. También fue eficaz la determinación con la que defendió el pluralismo político con todas sus consecuencias un Mario Soares, cuyo PS parecía volcado a favor de un anti capitalismo de fachada por la intimidación que sobre él ejercía el PCP. Las elecciones constituyentes de 1975 introdujeron un principio de realidad, tras meses de intoxicación ideológica. Los comunistas no pasaron del 12 y medio por ciento, mientras la derecha liberal demócrata de Sá Carneiro, doblaba por sorpresa ese porcentaje. Poco después, en el norte del país, el PCP se veía obligado a volver a la clandestinidad ante la hostilidad abierta y masiva de la población.

No obstante, la reabsorción de todos los obstáculos que se interponían en el camino de Portugal hacia la normalidad europea, que de puertas para adentro significaba, por primera vez, la conciliación entre el liberalismo y la democracia a expensas y en contra de la revolución, llevó todavía más de una década. Fue esta la obra de dos partidos, PS y del PDP (luego PSD), y de sus líderes, Soares y Sá Carneiro. El primero triunfó frente a Cunhal en toda la línea. Entre otras cosas, porque Soares optó por preservar, pese a todo, las posibilidades de existencia del PCP mientras las urnas lo permitieran. La «izquierda democrática salvó al comunismo del país», señala Rui Ramos, al igual que había contribuido a que el país se salvara del comunismo (118). Pero sobre todo, para nuestro autor, Soares, en particular durante los años en que ejerció la presidencia de la República, fue el arquitecto de la hegemonía cultural y, por lo tanto política, de la izquierda en la nueva etapa del Portugal democrático. En cierta forma se trató de una versión más sutil del viejo antifascismo. La derecha política que aceptaba la democracia, no sólo no debía ser excluida, sino que debía ejercer el poder, siempre que sus competencias técnicas en materia económica así lo aconsejaran. Pero eso sí, «siempre intimidados frente a la superioridad moral de la izquierda (...)».

«Un día –añade Rui Ramos– se le hará justicia a Mario Soares. Entonces se comprenderá que él ha sido el líder más formidable que la izquierda portuguesa

(117) RAMOS (2004c): 136.

(118) «Muy probablemente sospechó que el proceso de aniquilación del PCP redundaría en el aniquilamiento de la izquierda.» RAMOS (2004c):149.

tuvo en doscientos años de historia. Muy probablemente, la derecha a la que tenemos derecho será la última en comprenderlo» (119).

Sólo un líder en el centro derecha se atrevió a cuestionar ese reparto de papeles y de poder. Y lo hizo invocando la potencia soberana del sufragio universal, dentro de las reglas de la democracia representativa. Fue Sá Carneiro. Para Rui Ramos, el autoritario y dogmático Cunhal, aferrado a una férrea intransigencia por mor de no perder el control del PCP, simboliza el máximo fracaso político de la democracia portuguesa, Soares, el mayor éxito, Sá Carneiro la fatalidad de lo que no pudo ser, envuelto en el misterio de la causa cierta de su muerte. Hubo, a ojos de nuestro autor, una razón de fondo que convirtió a Sá Carneiro en un líder democrático dotado de un atractivo inhabitual:

«(...) al contrario de Soares o de Cunhal, hijos izquierdistas de padres izquierdistas, Sá Carneiro, más moderno que ellos, rompió con su medio y encontró una vida nueva. Sólo él, entre los líderes de los grandes partidos, tenía una experiencia íntima tan agitada, tan compleja, como la sociedad en la que esos líderes trataban de actuar» (120).

Las bases del PDP, luego PSD (121) respaldaban con entusiasmo a Sá Carneiro. Compartían su voluntad de dar la batalla por la hegemonía política. Los cuadros del partido, por el contrario, preferían aceptar la división de papeles propugnada por Soares entre la izquierda y la derecha democráticas. Sá Carneiro murió cuando su avión se estrelló, en vísperas de unas elecciones en las que optó, personalmente, por jugarse el liderazgo del PSD en las urnas. Si triunfaba, lo habría hecho sobre el esquema de Soares. Si fracasaba, el grueso de los dirigentes de su partido impondría su criterio de subordinación pragmática a la izquierda de la *superioridad moral*, y él abandonaría la política.

Luego de todo lo que nos ha contado Rui Ramos sobre los sucesos, los personajes, las ideas que les inspiraban y las claves políticas del Portugal contemporáneo, no puede extrañar su especial aprecio por Sá Carneiro. Ningún político portugués de casi el último siglo había estado dispuesto a someterse al veredicto, en libertad, del pueblo soberano, sin ninguna clase de red, ni siquiera la de la *superioridad moral*.

6. BIBLIOGRAFÍA CITADA

ARRANZ NOTARIO, LUIS (2005) «La historia se incomoda», *Nueva Revista*, nº 98, marzo-abril 2005.

BAIÃO, MANOEL (ed.) *Elites e Poder. A crise do Sistema Liberal em Portugal e Espanha*, Lisboa, Edições Colibri e CIDEUS-UE.

(119) RAMOS (2004c): 153.

(120) RAMOS (2004c):168.

(121) Partido Popular Demócrata/Partido Social Demócrata.

- BLOM, HANS, LAURSEN, JOHN CHRISTIAN Y LUISA SOMONUTTI (2007) *Monarchisms in the Age of Enlightenment. Liberty, Patriotism and Common Good*, Toronto, University of Toronto Press.
- CALERO, ANTONIO MARÍA (1987) *Monarquía y democracia en las Cortes de 1869. Antología de discursos parlamentarios con estudio introductorio*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- CARR, RAYMOND (1969) *España 1808-1939*, Barcelona, Ariel.
- DOSSE, FRANÇOIS (2007) *La marcha de las ideas*, Valencia, Universidad de Valencia.
- FINKIELKRAUT, ALAIN (2006) *Nosotros, los modernos*, Madrid, Encuentro.
- FURET, François (1988) *La Révolution, 1770-1880*, Paris, Hachette.
- GENTILE, EMILIO (2003) *Renzo De Felice. Lo storico e il personaggio*, Roma-Bari, Laterza.
- HIMMELFARB, GERTRUD (1987) *The New History and the Old*, Harvard University Press.
- HOBBSBAM, ERIC (1987) *Revolucionarios. Ensayos contemporáneos*, Barcelona, Ariel.
- PAVONE, CLAUDIO (1991) *Una guerra civile*, 2 Vols., Torino, Bollati Boringhieri.
- RAMOS, RUI (1991) «A causa da história do ponto de vista político», en *Penélope. Fazer e desfazer a História*, nº 5, Lisboa, Cosmos.
- (2001) *A segunda fundação*, 2ª Ed. revista; vol VI de Mattoso (dir.) *História de Portugal*, Lisboa, Estampa.
- (2002) «El colapso del liberalismo en Portugal» en *Historia y Política*, nº 7, pp. 119-146.
- (2004) «Foi a Primeira República um regime liberal?», en Manoel Baiôa (ed.) *Elites e Poder. A crise do Sistema Liberal em Portugal e Espanha*, Lisboa, Edições Colibri e CIDEUS-UE, pp. 185-247.
- (2004) «Para uma história política da cidadania em Portugal», *Análise Social, Revista do Instituto de Ciências Sociais da Universidade de Lisboa*, vol. XXXIX, (172), 2004, Págs. 547-569.
- (2004) *Outra Opinião. Ensaio de História*. O Independente, Lisboa.
- (2006) *D. Carlos*, Lisboa, Circulo de Leitores.
- (2008) ««O país mais liberal do mundo»: transformaciones y colapso del liberalismo en Portugal (1880-1910)» en Marcela García Sebastiani y Fernando del Rey Reguillo (eds.) *Los desafíos de la libertad. Transformación y crisis del liberalismo en Europa y América Latina*, Biblioteca Nueva, Madrid, pp. 97-119.
- RÉMOND RENÉ (dir) (1998) *Pour une histoire politique*. Paris, Seuil.
- VILCHES, JORGE (2001) *Progreso y libertad. El partido progresista en la revolución liberal española*. Madrid, Alianza.